FRAY MOCHO



En la fábrica de tejidos.
La pinzadora.

1.º de Mayo de 1923
Número 575


TORTA PARADISO
(revestida de chocolate)
Es un producto realmente delicioso, consagrado digno de la mejor mesa, desde que a la escogida calidad de sus componentes une su fina elaboración, practicada de acuerdo con una fórmula exclusiva y dentro de las más rigurosas prescripciones de la higiene.
Es, en suma, un postre tan sabroso como fino. Y así, está destinado siempre a dar una nota de buen gusto en toda mesa, aún en la más delicada.
Se vende en toda la República.
(y en la Capital a $ 2.20)
Productos Terrabusi.
ESTABLECIMIENTO MODELO
SAN JOSÉ 1060 - B. AIRES

FRAY MOCHO

Año XII | Buenos Aires, 1.° de mayo de 1923 | Núm. 575

SU ÚLTIMA PALABRA, por Maarten MAARTENS

—¡Oye!—dijo ella de pronto.

Se hallaban solos, en el salón calentado con exceso, de ambiente saturado de perfumes, el salón engalanado de fiesta, mientras las bujías de los candelabros ardían amarillas, a los lados del fuego moribundo.

Se acababa de celebrar la boda de la hija; todos los invitados se habían retirado ya. Eran las cuatro de la tarde, una tarde de noviembre, de neblina y llovizna.

—¡Qué día para un casamiento!—dijo él con expresión de hastío.—Con tal que Sissie sea feliz... Por otra parte, las mujeres que se casan siempre son felices, ¿no es cierto?

—¡Oh, siempre!—contestó ella. El marido se sobresaltó al oir el acento extraño de la voz de su mujer, y la miró interrogativamente. Luego se aproximó al sillón que ocupaba su mujer. Era un hombre de cabello cano, de unos cincuenta y cinco años, gallardo, elegante, admirablemente vestido.

—Tú, por lo menos, eres feliz, querida—dijo;—siempre has sido feliz, ¿no es cierto?—Y le acarició suavemente el cuello.—Todo lo que podemos desear para nuestras hijas es que sean tan felices como tú.

—Van al azar—dijo ella con tristeza.—La última ya se nos ha ido. Quiera Dios que ame a su marido.

—Por supuesto que lo amará. Todas las buenas esposas aman a su marido. ¡Imagínate una hija nuestra que no ame a su marido!—Y acarició de nuevo los pequeños rizos del cuello de su mujer.—Dime que me amas, ¡pronto!

No esperó la respuesta; se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Voy un rato al club.

Fué entonces que ella le detuvo.

—¡Oye!—dijo. Se había puesto de pie y miraba a su marido. Era una mujer de cincuenta años, bella todavía.

—Pero, Alicia, ¿qué tienes?

—¡Oye! ¡Déjame hablar! Déjame hablar al fin.

Por un instante permanecieron en silencio, frente a frente, él inmóvil de asombro; ella, tratando de cobrar aliento.

—Te he dado dos hijos y tres hijas —comenzó a decir.—La última de ellas dejó hoy esta casa.

—Nadie lo pone en duda—dijo él, sonriendo, pero un poco inquieto.—Hemos tenido suerte con nuestras hijas. Por supuesto, hemos hecho por ellas todo lo que hemos podido.

—¡Suerte!—exclamó ella.—El matrimonio es la única felicidad para una mujer. Tú siempre lo has creído.

—¿No es así?

—No. Es la felicidad suprema. Quiero decir: puede serla. Pero no cualquier matrimonio...

—Sissie se ha casado bien. Su marido es un excelente muchacho, a su modo. Creo...

—¿Qué crees?

—Que "tirarán" bien... como tanta gente.

Su esposa exclamó, casi gimiendo:

—¡Pobres hijas mías!

El se volvió desde la puerta:

—Estás fatigada y nerviosa—dijo.—Toma un poco de café amargo y acuéstate un rato antes de cenar. Días como estos son abrumadores. Te sentirás bien después de un rato de descanso.

EL INEVITAELE CABELLO



—Mozo: la tortilla... me gusta calva.

—¡Si estuviera segura de que amarán a sus maridos!—dijo, mirando fijamente el fuego.—A menudo pienso que María...

—No digas nada de María—le interrumpió él con viveza.—Por favor, no pienses mal de María. Es una muchacha romántica, pero en nuestro tiempo el romanticismo no resulta ni vale la pena. Su marido no es malo, con tal que ella sepa manejarlo. Tiene mucho dinero y si ella quiere disfrutarlo...

—No—dijo ella.—María es como yo. Bien; las muchachas tienen que probar suerte... como yo. Todo podemos hacer por nuestros hijos, excepto asegurarles la dicha en su vida matrimonial.

—Si ellas tienen tu suerte, no me quejaré.

—Insistes en esa palabra—dijo ella.—¿Yo he tenido suerte?

—Ya sabes lo que quiero decir—contestó él, con ligero fastidio.—Al decir suerte, quiero significar que las cosas han marchado bien. Y oye, Alicia... nunca te he visto tan extraña como esta tarde... Por lo menos, admite que te podía haber tocado un marido peor que yo.

—Sí—repuso su mujer lentamente.—Podía haberme tocado un marido peor que tú.

—Así me gusta. Nos hemos querido durante cerca de treinta años. Ahora, dame un beso, antes de que me vaya al club.

—¡No!—exclamó ella.—¡Quédate! Tengo que hablarte. Antes de que salgas de este cuarto necesito decirte todo. ¡Escúchame! ¡Siéntate! ¡Escúchame! ¡Déjame hablar!

El se sentó, desconcertado.

—Has dicho que te he amado durante cerca de treinta años—comenzó a decir, de pie delante de él.—Doy gracias al Cielo porque tú puedes decirlo. He sido siempre una esposa fiel y honrada, ¿no es cierto? Te he dado hijos; los he criado, los he querido; han tenido un hogar feliz. Tú también has tenido un hogar feliz, ¿sí o no?

—Querida Alicia: has sido siempre la mejor de las esposas, y yo...—se detuvo sonriendo.

—"He sido siempre el mejor de los maridos", ibas a decir eso, ¿no es cierto?

—No. Sería ridículo que un hombre dijera eso de sí mismo. Sin embargo...

—No afirmo que has sido un mal marido: nos hemos llevado bien. He hecho lo que he podido...

—¡Hablas como si nunca te hubiera importado mucho de mí!

—¡No!—su voz adquirió un acento pesaroso y solemne,—eso no sería verdad. Hubo un tiempo en que me importó mucho de ti, mucho. Te prefería, Reinaldo, cuando nos casamos. Te prefería honradamente y te admiraba, con la simpatía que tiene una muchacha honrada al hombre que la ha pedido por esposa. Creía que, con el tiempo, llegaría a amarte.

—¡Alicia! ¡Dios mío! ¡Alicia!

—¡Oh, no te pongas nervioso! No he amado a otro hombre. He encontrado hombres a quienes acaso hubiera amado si me hubiese casado con ellos, pero pude equivocarme.

—Pero ¡yo! ¡a mí! ¿Quieres decir que nunca me has amado? Y yo, que te he amado toda mi vida...

Ella alzó vivamente la cabeza:

—¿Me has amado por algo más que por ti mismo?—preguntó.

—No entiendo lo que quieres decir... No tienes idea de lo que estás diciendo... Toma un poco de café amargo y...

—Sé perfectamente lo que digo. Durante más de veinte años he esperado el momento de decirlo. Una o dos veces traté de expresarlo de diferente manera. Pero vi que era inútil. No iba a resultar bien alguno, sino mal.

—Entonces, ¿por qué lo dices ahora?

—¡Ah!—exclamó ella.—Nuestra última hija dejó hoy la casa. Todos nuestros hijos están casados. Ahora su felicidad depende de ellos. Nada más puedo hacer. Esta noche estamos solos en la casa.

—Y por eso aprovechas la oportunidad para decirme una cantidad de cosas desagradables, cosas que, indudablemente, no piensas.

—¡No!—repuso ella con vehemencia.—No creas eso. Jamás te habría

"El dios de las dínamos"

Es el título de otra de las emocionantes producciones, traducidas para "Fray Mocho", del novelista inglés H. G. Wells. Unido a su interés de drama terrible, este relato de la deificación de una máquina, está impregnado de un hondo significado sobre el germen de las religiones. Aparecerá en nuestro próximo número.

causado un disgusto inútil. Pero, oye: ahora todo ha concluído, ¿comprendes? ¿Cómo podré decir lo que necesito decir?

Como si le faltaran las fuerzas, se apoyó en el respaldo de una silla.

—¿Qué es lo que ha concluído?—preguntó él con alarmado asombro.

—Todo... la opresión, el fastidio de toda una vida, el agravio inconfesado. Todo ha concluído. Debe concluir. Esta noche me iré de esta casa.

—¡Estás loca!

—No; no estoy loca. Deseo decírtelo sin dureza, pero claramente. Pude haberte amado, estoy segura... Recuerda, Reinaldo, lo que ha sido nuestra larga existencia juntos. Siempre he hecho lo que tú has querido; he usado lo que tú querías que usara; he recibido a las personas que tú querías que recibiera, y las he invitado a quedarse con nosotros. Personas excelentes, no lo niego. Si alguna vez hemos tenido un disgusto pasajero, ha sido por los niños, sólo por ellos, ¿lo reconoces?

—Sí—dijo él, gravemente.

—Siempre he hecho tu voluntad, en toda cosa, durante estos veintiocho años. Al principio... traté de hacer mi gusto en cosas de poca importancia... pero... —Se interrumpió un instante, para proseguir con otro tono de voz.—No puedo soportar escenas y disputas. Soy otra clase de mujer. Acaso hubiera sido mejor... pero no puedo evitarlo. Desde entonces, todo marchó entre nosotros sin el mayor roce.

Hubo una pausa de silencio penoso. Ella continuó:

—Jamás me has preguntado—dijo mirando los tizones,—jamás me has preguntado qué prefería, cuál era mi gusto.

—Tenías todo lo que necesitabas. Además, me parece absurdo decir que nunca te preguntaba tu gusto. Me conviertes en un Barba Azul ridículo.—Hablaba acaloradamente.—Todo el mundo sabe que, cualesquiera que hayan sido mis defectos, he sido siempre un hombre de buen corazón...

—Sin duda—le interrumpió ella,—me has dejado elegir en asuntos insignificantes, por ejemplo, si veranearíamos aquí o allí. No; no has sido un Barba Azul. Pero jamás me has preguntado qué era, realmente, lo que yo quería. Y... y...—su voz descendió a las profundidades melancólicas del recuerdo,—jamás viste cuando yo estaba cansada.

El la miró asombrado.

—No lleguemos a las recriminaciones. Son innecesarias e inútiles al cabo de veintiocho años. Esta noche me iré. Supongo que no querrás que me quede. Sería inútil. Todo es inútil ahora.

—Pero... permíteme que te pregunte... ¿qué piensas hacer?

—¡Oh, no temas que haga nada que perjudique tu nombre, ni el mío, ni el de nuestros hijos. Cada uno de nosotros posee su fortuna propia, ¿no es así? Me iré a vivir tranquilamente en un pueblito del campo, no lejos de Londres, pues deseo ver a menudo a mis hijos. De vez en cuando iré a oír música; tú nunca querías acompañarme a oírla y cuando me acompañabas demostrabas tu disgusto. Y dejaré la vida social, las comidas y las recepciones que siempre detesté. Como ves, no te molestaré.

—¿Nada más?—preguntó él irónicamente, pero con ira reprimida.

—Sí; y visitaré a menudo a los parientes de mi madre, a quienes tanto quería, a mis primas con quienes me crié y cuya relación corté porque tú decías que eran papistas.

—Y lo son. Me extraña que una mujer tan religiosa...

—Por la misma razón, no me importa que lo sean. A ti tampoco te habría importado si la religión hubiera sido el verdadero motivo para cortar relaciones con ellos.

—Abomino de los papistas—dijo él secamente.

—Sí—contestó ella sin alterarse,—y por eso cortamos relaciones con Archie y su mujer. Pero ahora volveré a visitarlos, si me reciben. E iré a algún balneario, por mi reumatismo, por ejemplo, a Aix-les-Bains, que me aconsejó el doctor Denison.

—Habría ido con gusto a Aix-les-Bains—dijo él,—si hubiera tenido la seguridad de que te haría bien. Pero todos esos balnearios extranjeros me parecen un engaño. Se me figuran pantanos ingleses...

—He cumplido mi deber—continuó ella, hablando con tranquila firmeza.—Ante Dios, he cumplido mi deber. He sido la esposa fiel, que custodia el hogar. Muchas veces he pensado que este momento definitivo llegaría al fin. Esta idea me ha sostenido el espíritu. Tengo derecho a disponer de la vida que me queda... Puedo vivir treinta años más... Mi madre tiene ochenta años.

Perfectamente; haz lo que te plazca—dijo; pero la artimaña, si tal era, falló por completo; no obstante, él creyó que había conseguido su objeto, pues la mujer se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar.

—Ven—le dijo con esa voz banalmente acariciadora, que irrita.—Estás nerviosa. No sabes lo que has dicho. Acuéstate y toma algo fuerte.

Y tendió la mano para acariciarla.

Ella se irguió como si la hubiese herido y corrió, como buscando refugio, al otro extremo del salón.

—¡No me toques!—gritó.—¡Jamás! ¡Jamás vuelvas a tocarme! ¡Te detesto! ¡Te odio! ¡Oh, Dios mío!: ¿por qué me hiciste decirlo? Odio el contacto de tu mano y el sonido de tu voz. ¡Te odio por haberme tratado tantos años como tu criada, tu perro, tu juguete!

Calló de pronto, sacudió la cabeza y pareció calmarse.

—No nos separemos enojados—dijo al fin, tendiéndole la mano. Pero él no la tomó; se había quedado alelado, apoyándose en la pared.

Ella se encaminó lentamente hacia la puerta.

—¿Ni una palabra de adiós?—dijo él casi sin saber lo que decía.

Ella volvióse, desde la puerta:

—Sí. Dios te bendiga. Perdóneme Dios si procedo egoístamente. No lo creo. He servido fielmente el tiempo que debí servir. Tú serás igualmente feliz sin mí; acaso más feliz. No tenemos sino una vida. Yo no podría seguir aquí, con estos pensamientos y estos sentimientos. Sería una maldad.

El la miró, en silencio. La mujer se volvió de nuevo, traspuso el umbral, y, lentamente, cerró la puerta tras sí. El la dejó alejarse. Luego se puso a caminar nerviosamente de un lado a otro del salón. Durante algunos minutos sólo se oyó el ruido de sus pasos en ese ambiente melancólicamente iluminado por las bujías y el fuego moribundo. De pronto se detuvo, en medio del salón, sacó la cigarrera, encendió un cigarro, y murmuró:

—Volverá cuando se le pase.

EPISODIO

I

Este húngaro bohemio que hace bailar el oso
y sonar el pandero a compás de la danza,
rodeado de arrapiezos me ha parecido hermoso
motivo para un cuadro de costumbre, en la andanza.

Con su exótico traje, su boína de pana,
su melena de artista y sus zapatos rotos,
vagabundo hasta esta región americana
se dijera llegado desde pueblos remotos.

Me he detenido a verlo. Canta con voz gangosa
un aire orientalista y ensaya gestos. Uno
que quizás es poeta, le ha arrojado una rosa.

Luego, tomando bríos, el trashumante ordena:
"¡Baila, Simón!", y el corro ríe y grita oportuno
en la paz de la tarde fertilizante y buena.

II

Bien se ve que este tipo pintoresco ha viajado
mucho, acaso por Grecia, por Egipto y la China,
y que vive la vida de un hombre enamorado
de una mujer que fuera, más que humana, divina.

Hijo de un saltimbanqui y de una domadora
de serpientes, es fuerza que evoque su figura
de nómada, una tierra distante y tentadora
por la que aún en mí la idealidad perdura.

¡Oh, sus ojos! Sus ojos de pupilas extrañas
son los que, reflejando paisajes de montañas,
de bosques y de ríos, tienen no sé qué encanto

Conmovedor, que dicen lo que vagando sueña
a través de las calles de esta ciudad porteña
en que, como él, yo vivo de comedia y de canto!

Santos Aguilera

La fotografía de la palabra

Casi simultáneamente con la muerte del inventor del teléfono, Graham Bell, llegó la noticia de un invento por el cual se puede "fotografiar la palabra hablada".

SERMÓN SUPERFLUO



—¿Cómo se explica que usted se llevara una cantidad de objetos sin ningún valor, y dejara intacta la plata que estaba a mano?
—¡Usted también, señor juez! Mi mujer ya me lo ha reprochado bastante...



LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS
A. CABEZAS
SARMIENTO ESQ. S. MARTIN
BUENOS AIRES

LA ULTIMA MODA

SOMBREROS como el modelo ilustrado, de buena calidad, forros de seda, colores gris, negro, marrón, pizarra, moka o fisel . . . . $ 8.90

SOMBREROS como el ilustrado, en castor mixto, calidad superior, modelo muy distinguido, colores gris, marrón, avellana, pizarra o verde $ 18.50

SOMBREROS como el modelo, en castor, de inmejorable resultado, forma y colores de alta distinción . . . . $ 12.50

GALERITAS de nutria, extra livianas, guarniciones finas, forma de última moda. . . . . $ 14.90

Próximo ya el Invierno, Vd. necesita ropa de abrigo. No altere su presupuesto. Pídanos un crédito y compre con el lo que necesite. Nos lo pagará en 10 meses.
Vendemos exactamente a los mismos precios que al contado. No cobramos comisión ni adelanto.

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

LOS JÓVENES, por Abel BONNARD

Tienen 18 a 22 años. Ahora están en vacaciones y se les encuentra en el campo, a caballo, a pie, en automóvil, tratando de agotar sus fuerzas por ejercicios excesivos y vagamente aturdidos por el viento de las praderas. Se acuerdan todavía del examen que acaban de rendir. Vuelven a ver la Universidad llena de una multitud bulliciosa, la pequeña sala donde del otro lado de la mesa un profesor miope los escrutaba con su mirada; y recuerdan aún la contracción de su espíritu y el esfuerzo que hacían para inventar lo que no sabían y para sacar chispas de su ignorancia. Pero todo esto ha pasado, y siéntense libres, sacuden alegremente en el olvido su ciencia ficticia. A veces, sin embargo, vuelve a sus espíritus una frase o un verso cuya belleza comprenden solamente ahora, enfrente de las cosas. Quieren ser fuertes y enérgicos, y repentinamente se avergüenzan porque la languidez de una rosa los ha encantado o porque ante el inmenso o frágil deslumbramiento de la tarde se han sentido turbados como jovencitas, como sus primas.

No hay nada más cierto, que a los veinte años no somos dichosos y que, sin embargo, más tarde sentimos los veinte años. Estos dos sentimientos se explican. Es verdad que los jóvenes sufren, porque su alma no se ha traducido y no lo han revelado a los otros, ni a sí mismos. Mientras que se trata siempre, según su naturaleza, a las gentes que ya se han expresado, se explica, por el contrario, a los jóvenes, casi siempre las mismas palabras: son ruidosos desconocidos y se espera que se demuestren, depositando la máscara radiosa de su edad. Pero, aunque su malestar sea real, tiene el carácter opulento de todo lo que proviene de un exceso de fuerza. He aquí por qué se piensa siempre con nostalgia en las magníficas ilusiones de la juventud. Se siente ese tiempo, no por lo que se hizo, sino por las posibilidades que se tenía. Entonces no se estaba todavía enrolado en una tropa y confinado en una función. Los jóvenes viven en una gloriosa disponibilidad que da a su edad, a la vez, su esplendor y su embarazo. No se les conoce y ellos se ignoran. Su alma no se ha fijado todavía en un carácter y parece que los ensaya todos. Se diría que todas las pasiones, todas las virtudes vienen sucesivamente a reivindicar a los jóvenes y tratan de apoderarse de su espíritu. Cuando han leído un bello libro u oído un relato guerrero, su corazón se exalta, su sangre se inflama y el "Valor" los golpea con su cetro de oro, diciendo: son míos. Pero si una palabra los hiere, se indignan y se irritan: son míos, dice la Violencia. Sin embargo, basta que hayan oído música una tarde y que se encuentren en un jardín, para que se sientan perdidamente débiles, y entonces, la Dulzura, que a bordo del crepúsculo desciende del cielo, bajo su corona de estrellas, los toca sonriendo, y dice: son míos.

Ellos no saben e ignoran qué tesoros encierran, porque los tienen todos a la vez. No se han mirado en el espejo de los actos. La juventud es una epopeya sin acción. Querrían alcanzar algo supremo y pretenderán a todo. No obstante, no son ambiciosos, y si alguno de ellos tiene ya este carácter, se aisla de los otros por su sequedad precoz. Los jóvenes no tienen los cálculos, la aplicación, la tenacidad miserable del ambicioso; aspiran a todo con una inconstancia voluptuosa y no son ambiciosos porque tienen todas las ambiciones. Sus almas no tienen límites y están a la orilla de la vida como jóvenes señores ante un golfo nocturno e iluminado, en cuyas islas los amantes, los artistas y todos los que se envidian, celebran sus fiestas. Ellos esperan en la orilla, y como no hay edad en que se sea más incapaz de las iniciativas comunes, ni más inclinados a los actos extremos, es posible que si una barca se aproxima, no se atrevan creer que viene en busca de ellos y a ocuparla; pero quizás si se demora, se arrojarán a nado.

No es esto, sin embargo, lo que sucede más a menudo, porque mientras los jóvenes miran hacia la fiesta lejana, cuya música, les encanta, sienten que se les golpea a la espalda y volviéndose, ven a uno de sus bondadosos parientes. Estos pensaban en su carrera, mientras ellos pensaban en la vida.

Pensaban en Romeo o bien en Alejandro, y se les dice: "tú serás esto o aquello, tú sucederás a tu tío." Y ellos ven ya el hábito del empleo que se les trae y por el cual deben cambiar la púrpura de sus veinte años. Así aprenden que no son libres y muy pronto constatan que ha sido para su bien.

Pero a veces los padres disponen de sus hijos con fines de comodidad o de vanidad y reglan su vida antes de haber conocido su naturaleza, de suerte que cuando se revela en su carácter, se colocan al momento en la situación de rebeldes.

Por otra parte, los jóvenes saben mal desempeñar su alma y en lugar de aprovecharse de esto contra ellos, se debería ayudarlos a explicarse. Con frecuencia, por el contrario, los que les hablan parecen obedecer inconscientemente al deseo de vengarse de la magnífica ventaja de su juventud, vejando y destrozando sus más bellas esperanzas. No se piensa que es siempre vil desalentar y con el pretexto de advertirlos, se les desola. ¿Y qué autoridad tienen los que desencantan tan alegremente a la juventud? Si han fracasado en la vida, ¿por qué se envanecen de su fracaso y se hacen profesores de extrategia los que no han conocido más que las derrotas? Deberían pensar que otros pueden obtener lo que les ha sido negado. Hablan siempre en nombre de la experiencia, y después de todo, no tienen más que la propia.

Estos ruines consejeros, no son quizás más que envidiosos involuntarios: acechan las almas de los jóvenes, como malvados que aproximándose a un bello equipaje, cortan disimuladamente las riendas de los caballos. Cuando han hablado, esa alma queda desatada de sus sentimientos más generosos, y los que ellos han turbado, no se atreven, no creen, no esperan ya. Los jóvenes corren a menudo el peligro de ser víctimas del respeto humano. Se les inculca la vergüenza de lo que hay en ellos de más puro; se les hace arrojar todas sus riquezas, y se les persuade de que para ser más pronto hombres, es necesario ser groseros, brutales y egoistas. Entonces ellos mismos saquean sus más preciosas cualidades y pierden su timidez que es la verdadera política de su edad. Se refugian en la imitación y se diría que nuestros defectos ordinarios, algo más desagradable aplicados a ellos. Mal asimilado, el defecto se oculta menos, y nosotros vemos el gesto. Nada es más siniestro que esos jóvenes que se rebajan creyendo alzarse y que son, por decirlo así, como las muñecas de la fatuidad, del egoismo o del "orrivismo". Esperamos encontrar en ciertas edades, ciertos atributos, y nos entristece tan profundamente ver a un anciano sin dignidad. Si casos semejantes son raros, no es menos cierto que hay en los primeros años viriles de muchos hombres, algo de artificialmente brutal y grosero. Un poco más tarde solamente, cuando han pagado su tributo, algunos de ellos vuelven a otras costumbres y tratan de ser más tiernos, menos materiales y de reavivar los sentimientos de su juventud.

Los primeros amores fijan el alma de los jóvenes. Si entonces ocurre que sus cualidades son para ellos una causa de inferioridad o de ridículo, las encerrarán en el fondo de sí mismos y no se servirán de ellas por mucho tiempo. Si por el contrario, pueden completarlas sin desventaja, se atreverán a conservarlas. Por eso, el más gracioso favor que el destino puede hacer a un joven, es darle un bonito primer amor. Los que recibieron este privilegio, retienen siempre algo de delicado y de indulgente, y creen en la dulzura de la vida, porque han entrado en ella por una puerta florida y sin tener que abandonar nada de su corazón.

La calidad de la leche según su opacidad

Para saber si la leche tiene agua o la han descremado se agita bien, a fin de que se mezclen todas sus partes y se la añade una cantidad de agua igual a cinco volúmenes de la cantidad de leche que se somete a la prueba. Luego se enciende una bujía y sosteniendo con una mano un vaso de fondo plano sobre la luz, a unos treinta centímetros de altura se va echando la leche en él.

Mirando desde arriba a través de la leche y del fondo del vaso se ve que la llama va perdiendo brillo a medida que se eleva el nivel del líquido en el vaso, hasta que la luz queda reducida a un puntito blanco luminoso. Entonces se añade un poco de leche sospechosa sin haberla añadido agua, es decir, tal como se ha traído de la lechería, y el puntito blanco desaparece del todo.

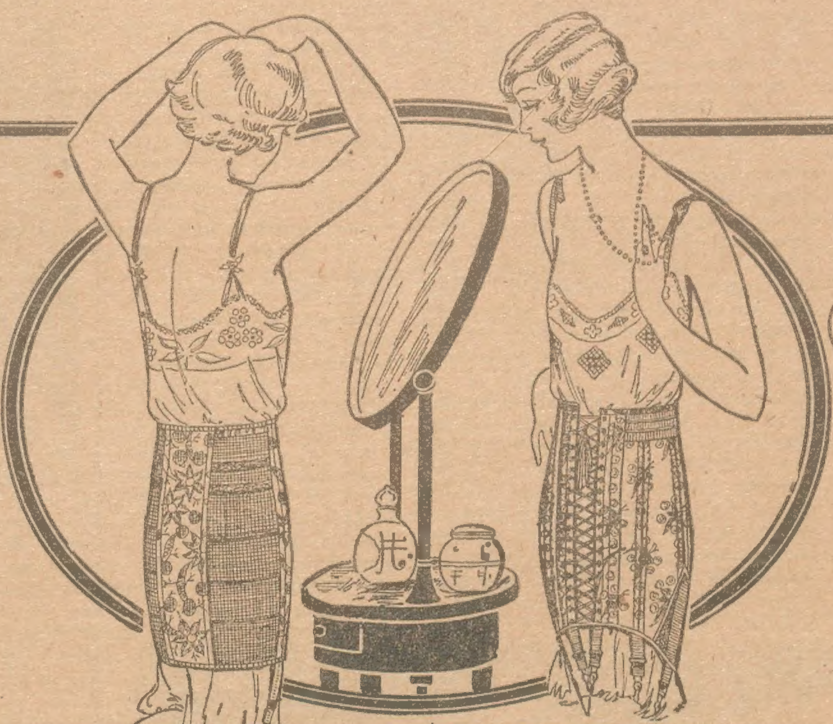
Hecho esto no hay que hacer sino medir la altura del agua en el vaso, lo cual se consigue fácilmente sumergiendo en él una tira de cartón.

Si la leche es pura, la parte humedecida del cartón no debe medir más de 0,0217 metros, tratándose de leche de buena calidad, diluída como más arriba explicamos. Una mezcla de un volumen de leche y medio volumen de agua, no deja pasar la luz de la bujía cuando alcanza a 0,0379 metros de altura en el vaso. Si la parte mojada del cartón llega a 0,05 metros, es indicio de que la leche ha sido descremada parcialmente o la han mezclado con agua a partes iguales.

CORSÉS "WARNER"

La elegancia y distinción de los famosos CORSÉS "WARNER", su calidad insuperable y los precios realmente bajos, justifican la unánime aceptación con que los distingue el mundo femenino.







41—Corsé "WARNER", de buen coutil floreado, bajo de busto y largo de caderas, varillaje de aluminio, de corte perfecto, especial para suavizar las líneas del cuerpo; 6 ligas. . . . . . . $ 17.50

957—Corsé-cintura "WARNER", de fino elástico, prendido adelante con cordones, reduce admirablemente el cuerpo; 6 ligas. . $ 25.—

1748—Corsé-cintura "WARNER", de rico coutil floreado de seda, elástico en la cintura, se ajusta adelante; sostiene y reduce el cuerpo, obteniéndose elegancia; 6 ligas. . . . . . . $ 45.—

962—Faja "WARNER", de fino elástico tricot, adecuada para la moda actual; proporciona al cuerpo soltura y elegancia; 4 ligas, $ 35.—







740—Corsé "WARNER", de fino broché floreado de seda, cordones en la parte de adelante, bajo de busto y largo de caderas; elástico en la parte inferior; talles, 66 al 90, a. . . $ 40.—

42—Cintura danseuse "WARNER", de buena batista de hilo, elástico en la cintura, poco emballenado, permitiendo toda flexibilidad; 6 ligas. Talle, 60 al 90. . $ 17.50

198—Cadera "WARNER", de buen broché de seda, modelo sumamente liviano, especial para dar libertad al cuerpo; 4 ligas, a. . . . . $ 25.—

40—Corsé "WARNER", de buena batista, prendido con cordones adelante, bajo de busto; da al cuerpo comodidad y elegancia; 6 ligas, a. . . . . $ 18.90

The South American Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO • ANEXO: Av. de MAYO, PERU y RIVADAVIA

UN AVENTURERO EXTRAORDINARIO

GRAN FINANCISTA Y GRAN ESTAFADOR

Ricardo Valentín Reith, pseudo Barón de Baillieneourt de Courcol, financista, empresario, ''clubman'', dueño de yates y de caballos de carrera, y casado en una respetable familia, es el tipo del aventurero inteligente y osado, que últimamente ha asombrado a París mismo, donde periódicamente aparecen los más audaces estafadores del mundo. Sus hazañas lo convierten en uno de esos extraordinarios tipos que creó la pluma de Balzac y que uno duda que puedan existir sino en la mente de un gran novelista. Hijo de un profesor alemán, nació en París hace cuarenta y un años. Inició sus estudios en Alemania, los completó en una universidad



Richard Reith (a) barón Baillieucourt de Courcol.

francesa, y se trasladó a Londres en 1898. El deporte de la bicicleta estaba en boga. Reith inició sus actividades editando un periódico deportivo ''Ciclismo''. Fué ésta la primera de las centenares de empresas que surgieron de su fértil inventiva, y que comprenden desde la fabricación de productos medicinales o pseudo medicinales hasta la organización de compañías explotadoras de yacimientos petrolíferos imaginarios. Reporter, agente matrimonial, prestamista, empleado de la Junta de Educación de Nueva York, artista de ''music-hall'', banquero, miembro de la nobleza, Reith ha recorrido en pocos años una increíble gama de actividades. Y aun le sobró tiempo para pasar en la cárcel varios períodos. Como conoce varios idiomas corrientemente, partió para Sud Africa en el tiempo de la guerra boer, y obtuvo, para un diario de París, una entrevista sensacional con el presidente Kruger. De Sud Africa se trasladó a Nueva York, obtuvo un empleo en la Junta de Educación, y lo dejó para volver a Francia a cumplir sus dos años de servicio militar. En el ejército, se dedicó a hacer propaganda anarquista; incitó a sus compañeros a desertar; fué juzgado por un tribunal militar y condenado a un año de prisión. Mientras cumplía su condena en las cárceles de Rennes y Rouen, escribió sus memorias, — ¡a los veintidós años!—relato romántico y ficticio, que empezó a publicar en cuanto fué devuelto a la vida civil. Para publicarlas fundó la Agencia Metropolitana del Stock Exchange. Esas memorias, fueron el comienzo de su fortuna. Despertaron un vivo interés hacia su persona, interés que él fomentaba, por otra parte, con una ruidosa ''réclame'' a la norteamericana. Poco tiempo después, y figurando ya con el título de Barón, se estableció como banquero en la Rue Lafitte y consiguió casarse con una encantadora y resptable joven de la nobleza, la señorita de Courcol, descendiente de Enrique de Navarra. Como la empresa bancaria fuera mal, Reith, o en otros términos, el Barón de Baillieneourt de Courcol, se convirtió en agente en París de una gran compañía rusa exportadora de caucho. Como no vendía nada, el director se trasladó a París y se presentó en la casa de Reith para exigirle que le llevara a visitar los tres depósitos de mercadería que la compañía había establecido en París, por intermedio de Reith. Este, acorralado, recurrió a un plan que muchas veces le dió resultado: llevó al director a lujosos lugares de diversiones y le hizo emborrachar. Mientras el ruso sufría los efectos de la orgía, Reith recorrió en un auto, varios establecimientos a fin de reunir mercadería para llenar por lo menos uno de los depósitos.

No salió bien parado de esta hazaña; pero era hombre que no se amilanaba; su espíritu emprendedor hallaba siempre nuevos recursos de vida; aunque nunca pudo sostener una empresa por más de cinco meses. En los dos años de 1905 a 1907, fundó y llevó a la quiebra once empresas comerciales y financieras. Cómo lograba que la gente confiara en él, y le facilitara capital, es un inexplicable misterio de la psicología humana. Sin embargo después del fracaso de su undécima empresa,—relacionada con la explotación de unas píldoras para devolver la virilidad,—el Barón pasó por una época mala, pues según las informaciones de la policía, el Barón fué, sucesivamente, agente matrimonial en Lyon, prestamista en Burdeos, y malabarista en el Casino, de París. Su agencia matrimonial se dedicaba exclusivamente a conseguir un cónyuge rico a miembros de la nobleza arruinados. En cada caso fijaba una comisión elevada, pagadera algún tiempo después de realizado el matrimonio. Durante todo ese tiempo, el Barón tenía su familia, consistente de su esposa, un hijo y una hija, instalados en una residencia de campo, no lejos de París. Visitaba a su familia de tarde en tarde y los días que con ella pasaba observaba una conducta irreprochable. Su esposa declara que jamás sospechó siquiera que su marido trabajaba en un teatro.

Pero el Barón pnesaba hacer en el Casino algo más que pruebas malabares. En efecto, al poco tiempo, adquirió el teatro,—con dinero ajeno, se entiende,—y lo abandonó, por quiebra, tres meses después.

La lista de las empresas de Reith durante los años que precedieron a la guerra, llenaría una columna de periódico, y todas fueron, más o menos, del estilo de las relatadas. Siempre se libró más o menos airosamente de sus estafas. Tuvo también sus episodios desagradables, pero de otra índole. Por ejemplo, en cierta ocasión, mató a un agente de policía que le había insultado a propósito de una disputa sobre un automóvil. Fué condenado a un mes de prisión y al pago de una crecida multa. En otra ocasión fué expulsado, a pedido de los vecinos de una ''villa'' que había alquilado en La Napoule, cerca de Cannes.

La guerra fué, naturalmente, un campo propicio para las hazañas del Barón. Rechazado, en su país, para el servicio de las armas, por ser demasiado gordo, obtuvo un cargo de intérprete, en el ejército británico. Ocurrió algo, no bien esclarecido aun, que le obligó a dejar prontamente el servicio británico. A principios de 1915, Reith aparece en Nueva York, con la misión—que él sólo se había dado,—de examinar inventos para el ministerio de Guerra de Francia.

Regresó a París y rodeado por un numeroso estado mayor de estenógrafos y auxiliares, Reith fundó su empresa más vasta y audaz, la Compañía de Automóviles Atlas, financiada por la Sociedad Central de Bancos Provinciales con un crédito de veinticinco millones de francos. La compañía absorbió mucho dinero norteamericano, y el Barón acumuló enormes ganancias con la llegada a Francia de las furzas norteamericanas. Su plan era el siguiente: conociendo de antemano las piezas de repuesto para autos que necesitaba el ejército norteamericano, el Barón encargaba igual cantidad de los mismos repuestos a diversas fábricas de los Estados Unidos. A la llegada de los barcos que traían esa carga, y en complicidad de funcionarios aduaneros de Brest, Nantes y Burdeos, Reith retiraba los cargamentos destinados al ejército norteamericano, que no pagaban derechos de aduana, y dejaba los suyos, sujetos a elevados impuestos. En el desconcierto general provocado por la guerra, y como las autoridades del ejército norteamericano no se quejaron, esta operación pasó inadvertida por mucho tiempo. Cuando los gigantescos cañones alemanes bombardeaban París, Reith vendía camiones al gobierno, acababa de comprar el diario ''La Justicia'' y se preparaba a ingresar a la cámara de diputados. Era considerado como un financista distinguido.

En 1919 alquiló por quince años la encantadora residencia de Corvicourt, donde había instalado a su familia, en el mayor lujo y con numerosa servidumbre. El, por su parte, pasaba la mayor parte de su tiempo en París, donde alquilaba un departamento. Gastaba por entonces, alrededor de un millón de francos anuales. Adquirió un yate y caballos de carrera y frecuentaba los principales clubs. Traspasó hábilmente sus propiedades a su esposa, de modo que cuando fué arrestado no poseía sino 60 francos. Sus deudas se elevaban a centenares de miles de francos. La Compañía de Automóviles fué a una quiebra sensacional, implicando un capital de veintisiete millones de francos. Fué detenido, procesado por defraudación y condenado a la pena levísima de tres meses de prisión. Hasta entonces su familia ignoraba en absoluto las actividades delictuosas de su jefe. Cuando salió de la prisión, se dedicó a una ocupación que era la consecuencia lógica de su carrera: la de recibidor de artículos robados. Al efecto instaló depósitos, y, fiel siempre a su espíritu de empresa, creó una especie de sociedad de ladrones proveedores que estarían a su servicio y a quienes él indicaría las mejores ''operaciones''. Se disponía a recibir cualquier bien robado, desde automóviles hasta sellos de correo. Con motivo del robo del automóvil de la señorita Parysis, se descubrió su plan. Reith había ocultado el auto robado. El Barón se halla actualmente en la cárcel.



ECONOMÍA



—¿Cuarenta vale el corte de pelo? Bueno; córteme hasta treinta: he prometido a Blanquita un cartucho de maní.

UN SUICIDIO

Cuando Bu Adem era muchacho, su padre le colocó como aprendiz en casa de un sastre. El sastre llevó un día a la casa una escudilla llena de miel y un gran pan. Luego, dijo al muchacho:

—Tengo que salir por un asunto urgente. Dentro de esta escudilla hay un veneno terrible. ¡Mucho, cuidado! ¡No se te ocurra comer!

Poco después de retirarse el sastre, Bu Adem se comió todo el pan y toda la miel.

Cuando regresó, el sastre preguntó dónde estaban el pan y la miel.

Bu Adem repuso:

—Un perro robó el pan; entonces yo, para evitar tus justos reproches, decidí suicidarme y tragué todo el veneno; pero hasta ahora no ha hecho efecto.

Los buscadores de fósiles

La busca metódica de fósiles animales es de fecha reciente.

Esta nueva industria, al decir del "Piccolo della Sera", nació así:

Hace quince años un viajero que recorría las desoladas soledades del Wyoming, en las faldas de las montañas rocosas, reparó en una cabaña construida con unas piedras extrañas.

Excitada su curiosidad, observó atentamente aquellas piedras, y descubrió que eran vértebras colosales de animales gigantescos.

Su curiosidad no acabó allí.

A fuerza de inquirir averiguó que la abandonada choza había sido hecha por un viejo pastor de los contornos. Lo buscó, y consiguió de él que le llevase al sitio en que el pastor había encontrado las piedras.

A los primeros sondeos el viajero quedó persuadido de que aquella cuenca encerraba millares de esqueletos.

Esto fué lo bastante para interesar a los miembros del American Museum of Natural History. Inmediatamente se organizó una expedición, que encontró, sin grandes esfuerzos, en el lugar indicado una verdadera necrópolis del período terciario.

Las piedras de la cabaña eran vértebras petrificadas de diplodocus, el reptil gigante.

La "necrópolis del Wyoming" ha proporcionado a la ciencia tesoros inestimables.

Entre otros, el esqueleto del protorohippus, el antepasado del caballo.

¿Cuánto tiempo ha sido preciso para que aquel mamífero, poco más grande que un perro, haya podido transformarse en el "noble" animal de hoy? El profesor Henri Fairfield Osborn dice que centenares de siglos.

Ahora dirige la legión de buscadores de fósiles un doctísimo paleontólogo, Mr. Barnum Brown, el cual ha descubierto en la provincia de Alberta, en el Canadá, los yacimientos más ricos en esqueletos antediluvianos que existen en el Nuevo Mundo.

El año pasado, Mr. Barnum Brown expuso en el Museum el esqueleto completo del tiranosaurus rex, el más grande de los dinosauros.

SECCIÓN VERMOUTH

VERMOUTH EN NARGUILE

(Alá es Alá y el "Vermouth" de esta semana rigurosamente turco. Ha sido preparado por Mehmed Tevfik, escritor turco, que recogió una serie de anécdotas cuyo protagonista Bu Adem (en turco significa "Este hombre") es un personaje burlesco popular en su tierra).

EL MÁS DIGNO DE LÁSTIMA

Bu Adem era extraordinariamente feo. Un amigo suyo le dijo:

—La persona que me causa más compasión en el mundo, es tu mujer.

Y Bu Adem repuso:

—Hermano: si vieras a mi mujer, sería yo quien te causaría más compasión.

LA COSTUMBRE

Bu Adem era un notable borracho. A un amigo que le aconsejaba que no bebiera más, repuso:

—Ya lo sé: es un vicio feo, pero ¿qué quieres que haga ahora que para mí se me ha hecho una costumbre?

Y el amigo:

—Abstente del vino unos treinta días y entonces se te hará costumbre no beber.

Pero Bu Adem replicó:

—Y tú prueba el vino unos tres días, y verás si vale la pena abstenerse treinta días.

EL ENFERMO

Bu Adem fué a visitar un amigo enfermo y le preguntó cómo se sentía. El amigo repuso:

—Muy mal. Mi estómago ya no digiere nada. Mis fuerzas están completamente agotadas. Mis ojos se nublan. Mi cabeza sufre vértigos. Mis rodillas vacilan. De noche no duermo. Me quema un fuego interno. Repite todo eso a los amigos que te pregunten por mí.

Bu Adem dijo entonces:

—Perdona, hermano, pero no puedo recordar tantas cosas. Si alguien me pregunta por ti, responderé: Ha muerto. Esto es, en el fondo, lo que quieres decir.

PRIMEROS AUXILIOS

Cuando Bu Adem era chiquito se cayó en un pozo. Su padre se asomó al borde del pozo, y dijo, estúpidamente:

—¡Hijo mío! ¿Qué harás ahora?

Y Bu Adem, replicó:

—Papá: quédate quieto. Voy a buscar una cuerda para sacarte.

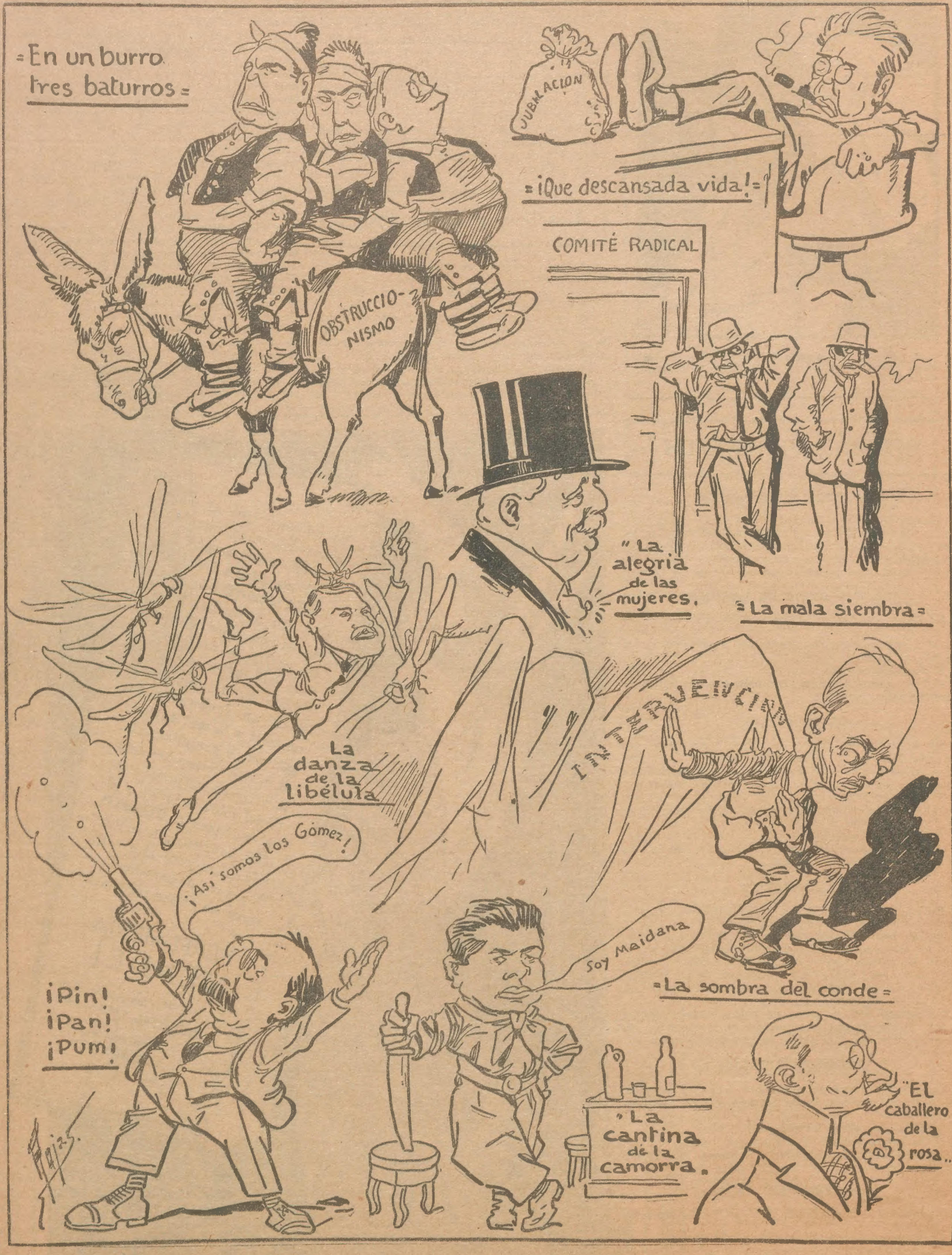
LO ÚNICO QUE TENÍA

Bu Adem fué a una fiesta de bodas, con la intención de hartarse.

Le preguntaron si tenía apetito, y él contestó:

—¿Y qué otra cosa quieren que tenga un pobre diablo como yo?

TEATRO POLÍTICO



Los éxitos de la temporada.

Dib. de Rojas.

EL HUEVO ROJO, por Anatole FRANCE

El doctor N... colocó su taza de café sobre la chimenea, arrojó al fuego su cigarro, y me dijo:

—Querido amigo: usted nos ha contado hace tiempo el extraño suicidio de una mujer atormentada por el terror y los remordimientos. Era una persona de temperamento delicado y de exquisita cultura. Sospechada de complicidad en un crimen del que sólo había sido mudo testigo, desesperada por su irreparable cobardía, agitada por perpetuas pesadillas en que veía el cadáver descompuesto de su marido, designándola con el dedo a la curiosidad de los magistrados, llegó a convertirse en juguete de su propia sensibilidad exasperada. En ese estado, una circunstancia imprevista y fortuita decidió de su suerte. Un niño, sobrino suyo, vivía con ella. Una mañana, como de costumbre, hacía el chico sus deberes en el comedor, y ella estaba presente. Su sobrino se puso a traducir, palabra por palabra, y en voz alta, unos versos de Sófocles. A medida que pronunciaba el vocablo griego, iba haciendo la traducción y escribiendo: *Kara theion*, la cabeza divina; *Iokastes*, de Yocasta; *tethneked*, ha muerto; *Sposa komien*, desgarrando su cabellera; *kalei*, llama; *Laion nekron*, Lais muerto; *Eisedomen*, vimos; *ten gynaika kremasten*, la mujer ahorcada". Aquí hizo unos rasgos de pluma que agujerearon el papel, sacó la lengua toda teñida de tinta violeta, y empezó a cantar: "¡Ahorcada! ¡Ahorcada! ¡Ahorcada!"... La desgraciada mujer, cuya voluntad estaba destruída, obedeció sumisamente a la sugestión de la palabra que había oído repetir tres veces. Se levantó tiesa, sin voz, sin expresión en la mirada, y entró en su cuarto. Algunas horas después, el comisario, llamado para comprobar una muerte violenta, se hizo esta reflexión: "He visto muchas mujeres que se han suicidado, pero esta es la primera vez que veo una ahorcada".

Hablan de sugestión... Pues, he aquí un caso de los más naturales y verosímiles. Yo no me fío mucho, a pesar de todo, de esa que preparan en las clínicas. Pero que un ser cuya voluntad ha muerto, obedezca a todas las excitaciones exteriores, es una cosa que la razón admite y comprueba la experiencia. El ejemplo que usted ha puesto, me recuerda otro muy análogo: el de mi desgraciado compañero Alejandro Le Mausel. Un verso de Sófocles mató a la heroína de su cuento; una frase de Lampride perdió al amigo de que le hablo.

Le Mausel, condiscípulo mío en el Liceo de Avranches, no se parecía a ninguno de sus compañeros. Aparentaba ser a la vez más viejo y más joven de lo que era en realidad. Chiquitín y endeble, se asustaba a los 15 años de todo lo que atemoriza a los niñitos. La obscuridad, por ejemplo, le inspiraba un miedo atroz. No podía encontrarse, sin que le causara pena, con uno de los criados del liceo que tenía un gran quiste en la cabeza. Pero otras veces, mirándolo de cerca, tenía casi el aire de un viejo; su piel seca, pegada sobre las sienes, alimentaba mal sus pobres cabellos; su frente era lustrosa, como la de los hombres de edad, y sus ojos carecían de mirada. Más de una vez, los extraños lo tomaron por ciego. Sólo la boca daba expresión a aquel rostro: sus movibles labios expresaban alternativamente una alegría infantil y misteriosos sufrimientos. El timbre de su voz era claro y encantador. Cuando recitaba sus lecciones, daba cuidadosamente a los versos su número y su ritmo, y esto nos causaba mucha risa. Durante los recreos, participaba gustoso de nuestros juegos, y no se mostraba torpe; pero los emprendía con tal ardor y tales arranques de sonámbulo, que inspiraba a muchos una insoportable antipatía. No era generalmente querido, y de buena gana [illegible] de él nuestro sufrelotodo, si no se nos hubiera impuesto por no sé qué salvaje altivez y por su renombre de buen alumno. Aunque desigual en su trabajo, era casi siempre el mejor de la clase. Decían que por la noche hablaba dormido, y que del mismo modo se salía de los dormitorios; pero cosas eran estas que ninguno de nosotros podía atestiguar: estábamos en la edad en que se duerme mucho y profundamente.

Durante largo tiempo, Le Mausel me había inspirado más extrañeza que antipatía, cuando, en ocasión de un paseo en comunidad, al Mont-Saint-Michel, nos hicimos súbitamente amigos. Habíamos venido descalzos por el arenal, llevando los zapatos y el pan en la punta del bastón, y cantando a gritos. Pasamos bajo la poterna, y después de haber arrojado nuestra carga al pie de las Michelettes, nos sentamos juntos, él y yo, sobre una de esas viejas bombardas de hierro, que la lluvia y el rocío del mar cubren de escamas desde hace cinco siglos.

Allí, paseando desde las viejas piedras al cielo su mirada vaga, me dijo:

—Hubiera querido vivir en tiempo de esas guerras, y ser caballero; habría tomado las dos Michelettes... ¡qué digo, las dos!... veinte, cien, y todos los cañones de los ingleses, y, solo, habría peleado delante de la poterna, mientras el arcángel San Miguel me protegería, sobre mi cabeza, cernido como una nube blanca...

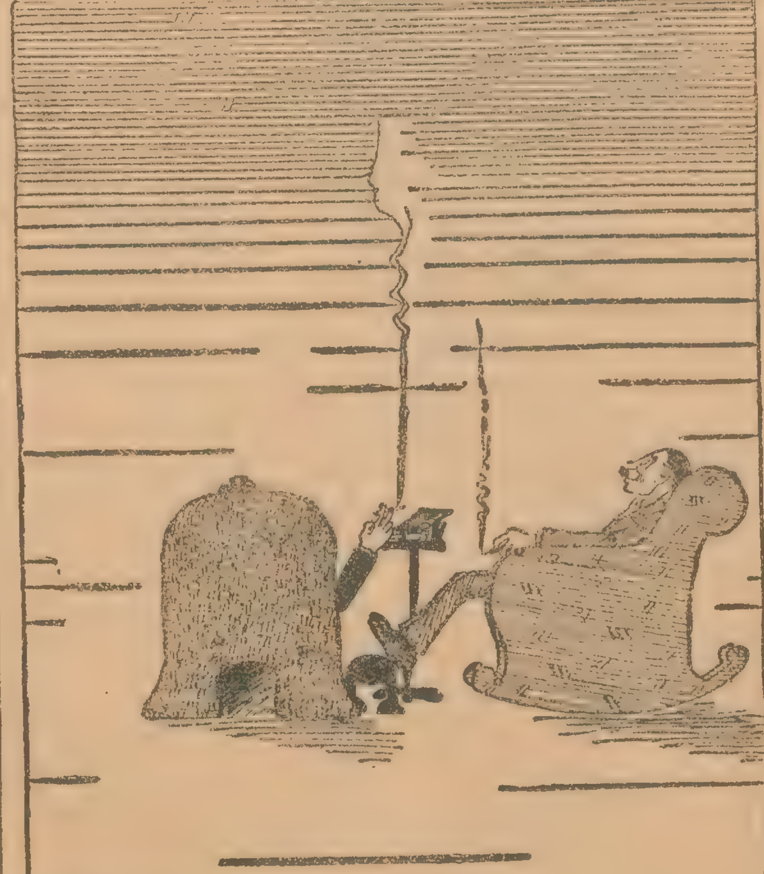
Estas palabras y el cantito con que fueron pronunciadas me causaron una singular emoción: "¡Y yo hubiera sido tu escudero!, contestele. Le Mausel, tú me agradas: ¿quieres ser mi amigo?" Y le tendí la mano, que él aceptó con toda solemnidad.

A una orden del maestro nos pusimos los zapatos y la pequeña comitiva empezó a descender el estrecho sendero que conduce a la abadía. A mitad del camino vimos la casita en que Tiphaine Ragnel, viuda de Bertrand Du Gueselin, vivió, con grave peligro del mar. Aquella habitación es tan pequeña, que parece mentira que nadie pueda haberla habitado. Esa Tiphaine ha debido ser alguna viejecita muy particular, o haber llevado una vida de santa, una existencia puramente espiritual. Le Mausel abrió los brazos, como queriendo abrazar la casucha; después se arrodilló y se puso a besar las piedras, sin hacer caso de las risas de sus camaradas, que empezaban ya a arrojarle piedritas. Paso por alto nuestra excursión a través de los calabozos, el claustro, las salas y la capilla. Le Mausel parecía no darse cuenta de nada. Por otra parte, no he recordado estos episodios sino para mostrarle cómo nació nuestra amistad.

A la mañana siguiente, fuí despertado en el dormitorio por una voz que me decía al oído: "¡Tiphaine no ha muerto!" Me froté los ojos y vi a mi lado a Le Mausel, en camisa. Le rogué que me dejara en paz y no me acordé más de aquella singular confidencia.

A contar desde aquel día, empecé a comprender mucho mejor el carácter de mi amigo, y descubrí en él un fondo tal de orgullo, como nunca me lo hubiera imaginado. No le sorprenderé a usted si le digo que a los quince años era yo un regular psi-

CONTRAPRODUCENTE



Al que entrega doscientas marquillas vacías de estos cigarrillos le regalan un fonógrafo.
—Después de fumarse doscientos atados de estos cigarrillos lo que uno necesita es silencio, mucho silencio...

En el río Santiago

Divina noche de verano.
En mi chalana con motor,
voy navegando, bien provisto:
llevo cigarros, fruta y ron.

El río tiene una amorosa
calma sedante que cautiva,
como la frente de una dulce,
joven mujer que está dormida.

El cielo está sin una nube;
está profundamente limpio.
La luna, en plena redondez,
se vuelca toda sobre el río...

Ya voy dejando atrás los [barcos,
que están dormidos junto al [muelle...
Navegaré toda la noche,
porque esta noche estoy ale- [gre...

Como el amor de una mujer
este paisaje me deleita.
Trae de la isla el aire fresco
un suave olor de madreselvas.

¡Acá no llega el ruido hu- [mano,
del que esta noche ha huído [mi alma:
En este azul silencio se oye
sólo el motor de mi chalana!

¡Qué bendición la de esta [paz!
En esta paz, cómo he soñado!
Acá yo soy feliz. El alba
quizás me encuentre nave- [gando...

José M.ª **OLMOS CÁRDENAS.**

La Plata, 1923.

cólogo, pero el orgullo de Le Mausel era demasiado sutil para percibido a primera vista; se extendía sobre lejanas quimeras, sin presentar formas tangibles; sin embargo, era él quien inspiraba todos sus sentimientos y daba un poco de unidad a sus incoherentes ideas.

Durante las vacaciones que siguieron a nuestro paseo al Mont-Saint-Michel Le Mausel me invitó a pasar un día en casa de sus padres, propietarios y agricultores en Saint-Julien, distante seis kilómetros de la ciudad. Mi madre me concedió permiso, no sin cierta repugnancia, y con un chaleco blanco y una corbata azul, me encaminé allá, un domingo de mañana.

Alejandro me esperaba en el umbral, sonriendo como un chiquillo; me tomó de la mano y me hizo entrar en la "sala". La casa, mitad rústica, mitad burguesa, no era ni pobre, ni mal arreglada. Sin embargo, sentí al entrar que el corazón se me oprimía, tan grandes eran el silencio y la tristeza que allí reinaban. Cerca de la ventana, cuyas cortinas habían sido ligeramente levantadas, como por una tímida curiosidad, vi una mujer que me pareció vieja, aunque no podría decir si tanto como la juzgué entonces. Era flaca y amarilla, con unos ojos que brillaban en sus órbitas negras, bajo los rojos párpados. A pesar de que era verano, su cuerpo y su cabeza desaparecían entre sombríos ropajes de lana. Pero lo que la hacía verdaderamente extraña, era una lámina de metal que le rodeaba la frente o modo de diadema.

—Es mamá, que está con jaqueca—me dijo Alejandro.

La señora me dirigió con voz gimiente algunas palabras de saludo, y notando, sin duda, el asombro con que miraba su frente:

—Niño — me dijo sonriendo, — esto que llevo en la frente, no es una corona, no vaya usted a creer: es un círculo magnético para curar los dolores de cabeza.

Iba a contestarle como mejor pudiera, cuando Alejandro me arrastró al jardín, donde encontramos a un hombrecito calvo que se deslizaba por las calles de árboles como un fantasma. Ya parecía que el viento se lo iba a llevar, tan flaco y chiquito era. Su andar tímido, su pescuezo largo y descarnado que tendía hacia adelante, su cabeza no más grande que el puño, sus miradas de soslayo, sus pasos, que eran brincos, sus bracitos, cortos y levantados como alones, le daban tanto como es posible, y más de lo razonable, el aspecto de una ave de corral.

Mi amigo Le Mausel me dijo que ese era su padre, pero que había que dejarle ir al gallinero, pues no vivía más que con sus gallinas, y cerca de ellas había perdido la costumbre de hablar con los hombres. Mientras Alejandro hablaba, el señor Le Mausel, padre, desapareció de nuestra vista, y en seguida, oímos los cacareos elevarse en el aire: estaba en su corte.

Le Mausel dió conmigo algunas vueltas por el jardín y me advirtió que en seguida, a la hora del almuerzo, vería a su abuela; que era una buena mujer, pero que no había que hacer caso de lo que dijera, porque no estaba muy bien de la cabeza. Después me condujo por una bonita alameda, y me dijo al oído, sonrojándose:

—He hecho unos versos sobre Tiphaine Ragnel; otra vez te los diré. ¡Verás, verás!

La campana tocó a comer, y volvimos a entrar en la sala. El señor Le Mausel, padre, entró después, con una cesta llena de huevos.

—Diez y ocho esta mañana—dijo, con una voz que cloqueaba.

Se nos sirvió una deliciosa tortilla. Yo estaba sentado entre la señora Le Mausel, que suspiraba bajo su diadema, y su madre, una vieja normanda, de redondas mejillas que, no teniendo dientes, sonreía con los ojos. Me pareció muy simpática. Mientras comíamos el pato asado y la crema de pollo, la buena señora nos decía cuentos agradables, y en verdad, no noté que su espíritu tuviera la menor señal de desorden, como me había dicho su nieto. Me pareció, por el contrario, que era la alegría de la casa.

Después del almuerzo, pasamos a un saloncito cuyos muebles de nogal estaban tapizados de terciopelo de Utrecht, amarillo. Un reloj brillaba sobre la chimenea, entre dos bujías. Sobre el zócalo negro del reloj reposaba, protegido por el globo que lo recubría, un huevo rojo. Una vez que hube visto este huevo, no pude dejar de considerarlo atentamente. Los niños tienen curiosidades inexplicables. Debo agregar que este huevo era de un color extraordinario y magnífico; no se parecía en nada a esos huevos de Pascua que, sumergidos en jugo de beteravas, toman ese tinte vinoso que tanto admiran los niños, pasados ante las vidrieras de los fruteros. Era de una púrpura real. No pude abstenerme de hacerlo notar, con la indiscreción de mi edad.

El señor Le Mausel contestó con una especie de cacareo, que dejaba ver su admiración:

—Niño—agregó,—este huevo no es teñido, como usted parece creer. Así como usted lo ve, ha sido puesto por una gallina ceylandesa de mi corral: es un huevo fenomenal.

—No hay que olvidarse de decir, amigo mío—agregó la señora Le Mausel, con voz doliente,—que ese huevo fué puesto el mismo día en que nació nuestro Alejandro.

—Positivo—replicó el marido.

Sin embargo, la abuelita me miraba con ojos burlones, y pellizcándose los labios, me hacía señas de no creer lo que decían los otros.

—¡Hum!—dijo en voz baja,—las gallinas empollan a veces lo que no han puesto ellas mismas, y si algún maligno vecino desliza en su nidada un...

Su nieto la interrumpió violentamente; estaba pálido, con las manos temblorosas.

—No la escuches—me gritó.—Ya sabes lo que te he dicho: ¡no la escuches!

—Positivo—repetía el señor Le Mausel, clavando de lado su ojo redondo sobre el huevo de púrpura.

La continuación de mis relaciones con Alejandro Le Mausel no presenta nada digno de ser contado. Mi amigo me hablaba frecuentemente de sus versos a Tiphaine, pero nunca me los mostró. Después, dejé de verlo. Mi madre me mandó a París, donde curse los dos bachilleratos y estudié medicina. En la época en que preparaba mi tesis al doctorado, recibí una carta de mi madre, en que me anunciaba que el pobre Alejandro había estado muy enfermo y que, después de una terrible crisis, se había vuelto miedoso y desconfiado en grado sumo; que, por otra parte, permanecía completamente inofensivo, y que, a pesar de la turbación de su salud y su razón, mostraba extraordinaria aptitud para las matemáticas. Estas noticias no eran como para sorprenderme. Bastantes veces, estudiando la patología de los centros nerviosos, había pensado en mi pobre amigo de Saint-Julien, y pronosticado, a pesar mío, la parálisis general que amenazaba a este niño con una microcefalia reumática.

Las apariencias no me dieron la razón, al principio. Alejandro Le Mausel, como me lo comunicaron de Avranches, conquistó, en la edad adulta, una salud normal y dió pruebas ciertas de la belleza de su inteligencia. Llevó muy adelante sus estudios matemáticos y aun envió a la Academia de Ciencias la solución de varias ecuaciones, que no habían sido resueltas hasta entonces. Absorbido por etsos trabajos, no me escribía sino de tarde en tarde. Sus cartas eran afectuosas, claras y bien ordenadas; no se encontraba en ellas nada que pudiera dar que pensar al neurologista más malicioso. Pero muy luego, nuestra correspondencia cesó por completo, y estuve diez años sin oir hablar de él.

Mucho me sorprendí, el año pasado, cuando mi criado me entregó la tarjeta de Alejandro Le Mausel, diciéndome que ese señor esperaba en la antesala. Yo estaba en mi gabinete, tratando con uno de mis colegas un asunto de cierta importancia; sin embargo, roguéle que me esperase un minuto y corrí a abrazar a mi antiguo compañero. Lo encontré muy avejentado, calvo, pálido y flaquísimo. Lo tomé por el brazo y lo conduje al salón.

—Me alegro mucho de volver a verte—me dijo,—y tengo muchas cosas que decirte. Soy el blanco de inauditas persecuciones; pero tengo valor y lucharé valientemente hasta triunfar de mis enemigos.

Estas palabras me inquietaron, lo mismo que hubiera sucedido en mi lugar a cualquier médico neurologista. Descubrí en ellas un síntoma de la afección que, por las leyes de la herencia, amenazaba a mi amigo y que parecía detenida hasta entonces.

—Ya hablaremos de todo eso, querido amigo — le dije. — Espérame un momento; voy a terminar un asunto. Entretanto, toma un libro para no aburrirte.

Usted sabe que yo tengo muchos libros y que mi salón contiene, en tres bibliotecas de caoba, alrededor de seis mil volúmenes. ¿Por qué mi desgraciado amigo tomó el único que podía hacerle daño, abriéndolo en la página funesta?...

Conferencié durante veinte minutos con mi colega y una vez que me hube despedido de él, volví a entrar en el salón en que había dejado a Le Mausel. Lo encontré en un estado espantoso. Golpeaba un libro abierto ante sus ojos, en el cual reconocí en seguida la traducción de la *Historia de Augusto*. Recitaba en alta voz esta frase de Lampride: "El día del nacimiento de Alejandro Severo, una gallina perteneciente al padre del recién nacido, puso un huevo rojo, presagio de la púrpura imperial que el niño debía revestir".

Su exaltación llegaba hasta el furor. Echaba espuma y gritaba: "¡El huevo, el huevo del día en que nací! Soy emperador. Sé que quieres matarme; no te acerques, ¡miserable!" Se paseaba agitado; después, viniendo hacia mí con los brazos abiertos: "Amigo mío — me decía, — mi viejo compañero, ¿qué quieres que te dé?... Emperador... emperador... Mi padre tenía razón. El huevo color de púrpura... Emperador, es necesario serlo. ¡Desgraciado! ¿por qué me ocultabas este libro? ¡Castigaré tu crimen de alta traición! ¡Emperador, emperador! Debo serlo; sí, es mi deber. ¡Vamos, vamos!"

Y salió. En vano procuré detenerlo, pues, se me escapó. Usted sabe lo demás. Todos los diarios han contado cómo, saliendo de mi casa, compró un revólver con el que levantó la tapa de los sesos al funcionario que le impedía la entrada al Elíseo.

Así, una frase escrita en el siglo IV por un historiador latino, ocasiona, mil quinientos años más tarde, la muerte de un pobre individuo de nuestro país. ¿Quién desenredará jamás la madeja de las causas y efectos? ¿Quién puede jactarse de decir, al verificar un acto cualquiera: "Yo sé lo que hago"? Esto es, mi querido amigo, todo lo que tenía que contarle. El resto no interesa más que a las estadísticas médicas, y puede decirse en dos palabras: Le Mausel encerrado en una casa de sanidad, estuvo allí quince días, presa de una locura furiosa. Después cayó en una imbecilidad completa, durante la cual su glotonería era tal, que devoraba hasta la cera de frotar las tarimas. Se ha ahogado hace tres meses tragando una esponja.

El doctor se calló y prendió un cigarrillo. Después de un momento de silencio:

—Doctor—le dije,—nos ha contado usted una espantosa historia.

—Horrible—respondió,—pero cierta. Ahora tomaría, con muchho gusto, una copita de coñac.

PENSIÓN Y AMUEBLADA



—Dice mi mamá que un señor que usa cepillo de dientes puede pagar cinco pesos más de alquiler.

EL ESCULTOR EMILIO ANTONIO BOURDELLE, AUTOR DEL MONUMENTO AL GENERAL ALVEAR

Un discípulo de Augusto Rodin,—un discípulo que, habiendo absorbido y asimilado profundamente la doctrina y práctica del maestro, es bien distinto de él.—Rodin inicia en cierto modo nuevas formas en la escultura. Aseguran los conservadores del arte, aún más cegatos que los conservadores de la política, que todas las formas bellas fueron ya realizadas por los artistas pretéritos, que el arte de nuestros días y el arte del futuro no es ni pueden ser sino rapsodia y glosa. Los conservadores del arte, pese a todas las apariencias y discursos amenos, no suelen conocer generalmente muy a fondo, en su íntimo espíritu y evolución, las formas artísticas que labrara el pasado, ni mucho menos el sentido e intención de las que a partir de Delacroix ha ido creando la sensibilidad y pensamiento modernos. Y así se da el caso, no diremos curioso, porque es muy frecuente entre aquellos que no pueden vivir como no sea entre recortados lugares comunes; se da el caso que en nombre de añosas y bellas formas artísticas, desustanciadas al convertirlas en cánones, se condenen otras más o menos recientes que han surgido al abrigo de las primeras y en virtud de su perenne fuerza fecundante. El caso Rodin fué típico en ese sentido. Fluía, por su arte complejísimo, no sólo una tradición de belleza, sino muchas tradiciones: las tradiciones europeas — griega, gótica, renacentista, — las tradiciones orientales, y, sin embargo, fué considerado por la incomprensión conservadora como un anarquista del arte que atropellaba impíamente todas las leyes de la construcción escultural. Rodin no hacía con su magnífico sincretismo sino seguir rectamente las impulsiones completas que dominaban la avidez estética de los espíritus selectos de su tiempo. De ahí que su arte, ¡tan tradicional!, sea a la vez tan moderno, tan libre, tan refinado y fuerte.

Emile-Antoine Bourdelle es su discípulo directo y predilecto. Lleva consigo—como casi toda la escultura moderna,—la impronta del maestro. Pero el arte de Bourdelle si, en efecto, se ha nutrido copiosamente de substancia "rodiniana", no por eso deja de alzarse sobre el suelo de Francia con personalidad propia y bien señora. Bourdelle, a ejemplo del maestro, no se para en un solo sistema o tendencia escultural. Recorre el clasicismo griego, y hace larga estada frente a los recios labradores de Egina. Remonta la corriente angustiosa de los siglos, y entra en los sagrados recintos de la flor del loto. Como el Nilo fluye lento y grandioso por sus cauces y periódicamente los desborda, así la sensibilidad egipciaca plasma sus exquisitos y trémulos matices en la quietud inconmovible de los claros cánones sacerdotales de la forma. Y si los hombres de Egina imprimieron rítmicos movimientos de grandeza inefable a los amplios planos arquitecturales de la forma humana, aquellos pobres esclavos amadores de la flor del loto supieron—como nadie antes y después de ellos supo—esculpir el sentimiento de la quietud perdurable y trémula. El movimiento en quebrados ritmos de Egina, ¡el reposo de llanada y cielo inmenso de los escultores ribereños del Nilo! He ahí dos direcciones conjugadas del arte de Bourdelle.

Pero Bourdelle, como Rodin, tiene raramente desarrollada la facultad de intuir, comprender y asimilar todas las formas del arte universal; y así del valle lento del Nilo se [illegible], cabe a los [illegible] imperiosos de la Asiria,—Vivificados cruelmente por los escultores de la pompa feroz de los hombres de guerra, y la cólera o el reposo formidable de las alimañas de los desiertos candentes... Y luego, desordenadamente,—sólo en aparente desorden,—entrará por las múltiples avenidas del gótico—solemnes o familiares—y llenará su corazón de visiones grácilos y robustas. Siguiendo sin duda la impulsión "rodiniana", él también, como el maestro iniciador, tendrá su oración fervorosa—prendida, es cierto, en los ringorrangoso de una retórica algo falsa,—a nuestra divina Señora La Catedral. "L'Art de Notre Dame se dresse et veille sur Paris couvert de flots et neige", así titula su oración y es una conferencia leída ante sus discípulos. "Tú, madre intelectual—exclama el escultor fervorosa... y retóricamente,—de manos secas y como desgarradas; tú, que con tanta carne tuya, con tantos hijos, con tantas gárgolas tan monstruosas, con tantas claves de porches y ojivas sostenedoras de santos y reyes arrancados de ti, resplandeces en la lejanía de los museos; tú, árbol protector, de hojas y frutos caídos, de ramas desgajadas. ¡Oh, gran abuela vigilante! tú sigues siendo con las demás hermanas tuyas que coronan a Francia, vanguardia del espíritu y Providencia de los artistas"!

Y la catedral gótica no sólo acrecentará la copia de las bellas imágenes en el espíritu del escultor: le dará también sugestiones de formas, le dará maneras de expresión, le dará modos técnicos. Porque en la línea que sigue el arte de Emile-Antoine Bourdelle, tras de las formas "rodinianas" más o menos turgentes y de modelado praxiteliano, por decirlo así, tras de la expresividad distendida y nerviosa, a granes líneas escuetas, pero sútilmente tratadas, aparece una manera más arquitectural y geométrica, que bien no deja de tener estrechas relaciones con los relieves asirios y con los primitivos griegos, por otra parte, parece como directamente inspirada en las pétreas imaginerías labradas en amplias superficies regulares y sintéticas del gótico. Los magníficos relieves decorativos del "Theâtre des Champs-Elysées", se advierte, admirablemente acoplada a una originalidad indiscutible, esa conjunción sincrética de tendencias remotas en el tiempo, pero no tan lejanas en la manera de entender y tratar la forma escultural del relieve.

Tales son, pues, los elementos eruditos que ha apropiado a su peculiar sensibilidad el escultor Bourdelle. Mas en arte acontece lo mismo que en Química: los elementos y las proporciones de la combinación no son ni remotamente el cuerpo a que se refieren. Hay un principio misterioso e inasequible, que es en realidad lo que constituye el cuerpo, lo que constituye la obra de arte, por encima de sus elementos. Por eso todo análisis crítico, por sútil y preciso que fuere de nada sirve a la emoción estética. Es menester que nuestra sensibilidad y nuestra emoción abran brecha en el tejido de elementos que constituyen una obra de arte y lleguen así a aquel punto irreductible y primario en que la emoción del artista se vuelca íntegra en el espíritu del espectador, y entonces ésto vive en la obra y la comprende en todo su sentido y armonía.

"De toutes parts—escribe Bourdelle,—de autres nations comme de France, se poussent les arrivistes a petit savoir, qui n'existent que d'imitation des oeuvres des musées." No es por cierto ese su caso; artista sabio, en efecto, por encima de su ciencia está su espíritu creador. Su imaginación le lleva a concebir en soledad figuras la energía animal del género humano; pero al mismo tiempo su voluptuosidad, su delicadeza robusta, su sentido superior de la armonía y de los valores humanos espirituales, hacen que infunda en esas figuras algo titánicas la flor ática de la melancolía y serenidad. Empleando el vocabulario nietzscheano, tal vez podría decirse que en el arte de Emile Antoine Bourdelle lo "apolineo" y "dionisiaco" se equilibran y funden suavemente. Es como el viejo centauro melancólico y añorante de Maurice de Guerin.

Juan de la ENCINA.

La saliva y lo que se come

Nuestra saliva constituye, como es sabido, un excelente caldo de cultivo para muchos microbios, entre los que figuran algunos que son patógenos. Esto se debe a que la saliva humana es de compleja composición y rica en principios salinos. En ella se encuentra, por ejemplo, nitrato de potasa, y sobre todo nitritos de potasa. Por muy a la ligera que se haga el análisis, casi siempre indica la presencia de las referidas sales.

Willo y Mestrezat acaban de demostrar que el nitrato de potasa sólo existe en la saliva pura, y es muy verosímil que tenga por origen las materias alimenticias, porque la proporción aumenta durante las comidas y disminuye durante el ayuno. Las legumbres y las frutas proveen al organismo de nitratos que elimina por las vías ordinarias. La remolacha, las coles y las patatas contienen cantidades relativamente abundantes de nitratos; en los rábanos y en los tomates frescos, hay respectivamente 0 gr. 75 y 0 gr. 10 por kilo. En cuanto a los nitritos de la saliva, provienen de una acción reductora que ejercen sobre los nitratos los microorganismos que encierra la cavidad bucal.

Por lo expuesto, puede sacarse la conclusión de que es fácil saber, examinando la saliva si una persona sigue el régimen carnívoro o el vegetariano. Cuantas más legumbres y frutas se coman, mayor cantidad de nitratos habrá en la saliva.

Producto maravilloso

Uno de los productos inorgánicos más maravillosos es la dura y pesada roca llamada asbesto, que quiere decir, en griego, "inextinguible". se empleaba en los templos de Grecia como mecha para las lámparas. Casi parece increíble que se pudiera hacer género y papel de pulpa conseguida de piedra, pero tal es el caso, a lo menos, en cuanto al asbesto. La fibra de esta piedra es tan suave como seda. El asbesto es además incombustible.

Heroínas políticas en la cárcel

Indudablemente, las mujeres suelen desarrollar frente a las persecuciones, dotes de entereza y de heroísmo que debieran envidiar muchos hombres.

La historia registra bastantes casos de ellos.

Fué uno de los más notables el de la española doña Mariana de Pineda, ahorcada en Granada por haber bordado en una bandera las palabras "Libertad o muerte". La sentencia ofrecía el perdón a la culpable si consentía en delatar a sus cómplices.

Aquella mujer bella, joven y débil se convirtió en una heroína. No sólo se negó a responder a cuantas preguntas la hicieron, sino que pidió que se cumpliera la sentencia en el acto.

Ni la esperanza de conservar la vida, ni el amor de sus dos hijos, ni los malos tratos, nada bastó para obligarla a que delatase a los que la habían encargado que bordase la bandera.

Paseáronla por la ciudad, según costumbre, sobre un burro, con las manos esposadas y en ellas un crucifijo; ni una ventana estaba abierta en la carrera; ni un curioso se mostró en las calles del tránsito. Aunque moría en una ciudad populosa, pudo creer que moría en un desierto.

Al pie de la horca volvieron a ofrecerla el perdón si revelaba los nombres de los que la habían encargado la bandera, pero aquella alma sublime no perdió un instante la energía para preferir la muerte ignominiosa antes que comprometer la vida de los que en ella habían confiado.

Subió las gradas del cadalso para recibir la muerte como si fuese a una fiesta.

La princesa rusa Lapouchine, fué una maravilla de constancia y de valor. Había tomado parte en el gran complot tramado en 1745 por el marqués de Botta para derrocar a la emperatriz Isabel y poner en su lugar, en el trono, al joven Ivan VI. Descubierta la conspiración, fueron apresados los conjurados, entre los cuales figuraba la princesa Lapouchine. La extraordinaria belleza de esta dama había despertado la envidia de la emperatriz, y por los malos tratos que le daban en la cárcel, la prisionera comprendió desde luego que el odio de Isabel se había fijado principalmente en ella.

Los acusados fueron condenados al azotamiento con el "knout" y a que las arrancasen la lengua. Madame Lapouchine soportó esta tortura sin exhalar un gemido cuando laceraban su carne las correas del látigo.

Luego salieron todos los condenados para Siberia, donde Mme. Lapouchine pasó diez y ocho años. Cuando regresó a Rusia, al ocupar el trono Pedro III, todavía conservaba la belleza; el dolor no había destruído los encantos de su rostro, y su energía moral la había permitido resistir a las más terribles pruebas.

Mme. Roland fué encerrada en Santa Pelagia, tanto por las sospechas que pesaban sobre su marido, como por su propia actitud, y por haber aprobado los alzamientos de las provincias.

Conocidos son diversos rasgos de su heroísmo, pero la verdad obliga a decir que el encarcelamiento la deprimió mucho, y que después de haber aceptado el cautiverio con valor, mostró cierta debilidad pasados algunos meses de su captura.

Primeramente pidió su liberación y luego llegó a humillarse hasta el extremo de escribir a Robespierre pidiéndole perdón pero Robespierre no la respondió, y entonces Mme. Roland pensó morir. Quiso emplear el medio que intentaron utilizar las mujeres detenidas en las cárceles de Londres por haberse manifestado con demasiada energía en favor del voto femenino.

"Cuando abráis esta carta—escribía a Mentelle, el 8 de octubre de 1793—ya no existiré. Veréis las razones que me hacen tomar la determinación de dejarme morir de hambre". A pesar de esto, Mme. Roland se tranquilizó y no realizó su proyecto. Conducida ante el tribunal, fué condenada al cadalso, en el que conservó la arrogante actitud que tanto ha contribuído a su gloria.

Heroína de la cárcel fué también Luisa Michel, que estuvo muchos años presa, pasando por pruebas dolorosísimas. Carlos Chincholle cuenta cómo, hallándose segura en casa de M. E. Vaughan, después de las sublevaciones de 1883, quiso entregarse a la policía. La detuvieron casi con sentimiento, y fué encerrada en San Lázaro, en una celda, al cuidado de una hermana de la caridad. Sometida al régimen de las detenidas políticas, podía escribir y recibir cartas. Semejante régimen debió parecerla tanto más suave cuanto que había conocido las crueldades de la deportación. En efecto, después de la Commune había estado desterrada en Nueva Caledonia. Allí tenía la choza frente de la de Henri Rochefort, el cual pudo referirse en el curso del proceso de 1883, la noble conducta de la deportada. "Luisa Michel, declaró, no dejaba de sacrificarse por sus compañeras, dándoles su comida y sus ropas.

"Iba descalza y transformó su choza en un hospital donde cuidaba a los desgraciados. Dormía en el suelo, apenas comía y daba todo cuanto poseía, soportando con la mayor paciencia todas sus penas."

Darwin cesa de gustar de Shakespeare

En su juventud, un poco vagabunda y deportiva, Darwin había tenido por Shakespeare una pasión loca. El ha contado cómo lo leía con delicia y cómo repetía esa lectura con frecuencia. Mas pasaron los años. El cazador de un día se convirtió en naturalista metódico, que producía, a pesar de los estorbos de una salud precaria, una labor enorme. Tal labor era ordenada según una cotidiana disciplina severa. De tal a tal hora, lectura; de tal a tal otra, tomar apuntes; tres cuartos de hora antes del lunch, escribir; un tiempo predeterminado aún, para estudios de laboratorios y de herbario, para observaciones y cultivos. Esto un día tras otro día, en heroica uniformidad. Mientras tanto Darwin iba envejeciendo, sus hijos se espigaban. Cuando la moza comenzó a ser mayor, el padre encontró una fuente de distracción honesta, en que ella, luego de comer, le diese un rato de lectura. Vino una velada en que el arrinconado Shakespeare abrióse de nuevo. Y aconteció entonces una cosa que, contada en las memorias del mismo sabio, tiene un gran sabor de melancolía... Darwin sintió con amargura que Shakespeare no le gustaba ahora, que no le interesaba ya. El trabajo unilateral, la especialización, el hábito exclusivo de la investigación científica había secado uno de los puros manantiales de su vivir. Aquella pobre alma era ya muerta para los goces del arte. El debió entonces sentir en sus adentros un gran vacío. Sí: he aquí una vida más, sacrifica[illegible] ella y sus goces más inocentes y elevados, a [illegible] obra... Darwin no lloró. Avanzó aún más, sobre los esquivos ojos, las cejas hirsutas. Filosófi[illegible]mente volvió a llenar de tabaco la pipa y [illegible] acercó a encenderla en el gran silencio de la familia, juntada en el obscuro salón del cottage... Al fin, él mismo rompió este silencio [illegible] nar a su hija que desde este punto, no [illegible] otra cosa que novelones.

Eugenio D'ORS.

MENDOZA SOCIAL



Bajo los plátanos.



Señor César Guerrero y su esposa doña Josefina García.



Señorita Josefina Araya.



Señoritas Alicia Guiñazú García y Josefina Herrero.



Señorita Peregrina Correa.



Contemplando una de las hermosas perspectivas que se dominan desde el Cerro de la Gloria.



El señor Tomás Rodríguez Fragueyro y su esposa doña María Elena Rojas.



Señor Héctor Rodríguez Brizuela y su esposa doña Lucía Emilia Franchini.



Doctor Julio Ríos Carranza y su esposa señora Leonor Araya.



El señor Felipe Calle y su señora doña Rosa Correa.



Familias excursionistas al Cerro de la Gloria, descansando al pie del monumento erigido al Ejército Libertador de los Andes.

Fots. José Malerba.

LOS ENLACES DE LA SEMANA



La señorita Sara Correa Luna y el señor Víctor S. Garino, después de la ceremonia de su enlace matrimonial, efectuado en la iglesia de las Victorias, el 20 del mes último.



Señorita Ana Jurado Morelli, cuyo matrimonio con el señor Pedro Terremere se efectuó el 28 del pasado abril.



Señorita María Amelia Marcó, recientemente desposada con el doctor M. E. Luna Bazán.

TEATRO POLITEAMA



Nina Gioana, estrella de la compañía de operetas Bertini-Gioana que actúa con buen éxito en el teatro Politeama.

No obstante lo avanzado de la estación, no decae la concurrencia a las termas de Cacheuta



Señora María de Barthelemy y su hija.



Doctores Ramón J. y Miguel Angel Cárcano.



Señorita Dora María Díaz Castelli.



Un lindo cuadrito agreste.



La señora de Bondone durante el paseo matinal.



Señorita Nerea de Tomasi.



Señorita Carmen M. E. Díaz Castelli.



Estelita Cárcano.



Señor Carlos de Tomasi.

Fots. Bejarano.

DE TODO UN POCO



Un incipiente príncipe de la familia real de Zwazilandia, en Africa, tan interesante como los príncipes herederos europeos, instalado en una calabaza, investiga la posibilidad de un sombrero.



Un espectáculo público poco común es el de estas cuatro ninfas que, con traje de playa, aparecieron en una plaza pública de la ciudad de Baltimore.



Benny Leonard, campeón mundial de box de peso liviano, en un round con Juana La Mar, famosa boxeadora francesa.



No obstante la autorizada constancia histórica de que los restos de Colón reposan en España, en la República Dominicana se afirma que yacen en suelo americano, precisamente en la Catedral de Santo Domingo, donde se ha erigido este mausoleo al gran almirante.



La moda de las pulseras múltiples, que empieza a ganar favor entre nuestras niñas, lo tiene también, en gran escala, entre las negras elegantes de la tribu "masai", del Africa Oriental Británica.



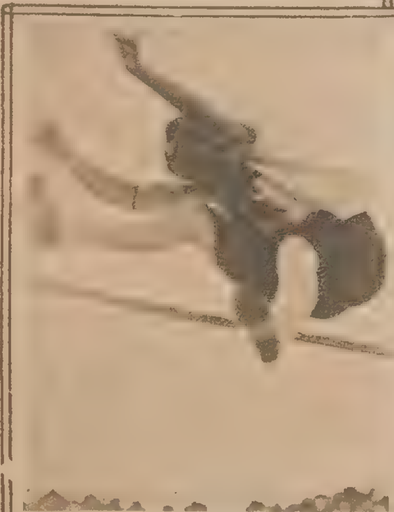
Esta tapicería ha sido avaluada en un millón de dólares. Es una de las seis que fueron ejecutadas el año 1450 para el Duque de La Rochefoucauld, y que representan la caza del unicornio. Ha sido adquirida por el multimillonario Rockefeller.

Del primer torneo atlético femenino



Equipo del Club Deportivo América, vencedor de la carrera de postas (200 metros).

De izquierda a derecha: Inés, Gilda y Haydée Mari y Cora Coelho. Tiempo: 32 segundos.



Salto en alto con impulso (1 metro 25 centímetros) con que la señorita Mercedes Nosti se clasificó ganadora en esa prueba.



Elena Gnecco, del Club Pedestre Velocidad y Resistencia, ganadora de las carreras de 300 y 60 metros, con 53" 3|5 y 9", respectivamente.



Llegada de la carrera llana, distancia 300 metros. La señorita Gnecco en el momento de obtener la victoria.



Mercedes Nosti (Club Alfa).



Thea Brosh (Sociedad Alemana de Gimnasia). Vencedora en el lanzamiento de la jabalina (17 metros 25 ctms).



Competidoras de la carrera llana de 60 metros. De izquierda a derecha: Thea Brosh; Juana Delmedo (Sportivo Barracas); Mercedes Nosti; Elena Gnecco; María Esther Albe (Velocidad y Resistencia); Haydée Mari, Cora Coelho; Luisa Siniego e Isola Wintes (Sociedad Alemana de Gimnasia).

Fot. Griensu.

ATLETISMO FEMENINO

Records mundiales

Carrera llana (60 metros).— No hay.
Salto en alto: Miss Lowman: 1 metro 47 centímetros.
Carrera llana (300 metros).— Mary Mc Cune: 43" 3|5.
Jabalina: R. Riedel: 29 metros 931 mms.

Establecidos en 1922, 1922 y 1919, respectivamente.

ATLETISMO FEMENINO

Performances argentinas

Carrera llana (60 metros).— Elena Gnecco: 9".
Salto en alto: Mercedes Nosti: 1 metro 25 ctms.
Carrera llana (300 metros).— Elena Gnecco: 53" 3|5.
Jabalina. — Thea Brosh: 17 metros 25 ctms.

Establecidas en el primer torneo atlético femenino

NOVEDADES DE LA PANTALLA



Una escena de la graciosa película titulada "A la vejez, viruelas", en la que Maclyn Arbuckle es su principal protagonista.



Otro momento de la cinta "A la vejez, viruelas". Esta producción, perteneciente al programa "Olimpic", de la Corporación Argentino-Americana de Films, ha sido recientemente estrenada en nuestros cines.



Un emocionante pasaje de la obra dramática "Malas lenguas", donde Margery Wilson y Bradley Barker, encarnan los personajes más salientes de esta película, exhibida con éxito hace pocos días.



Escena de "Las sacrificadas", impresionante película que en breve se dará a conocer, y que puede conceptuarse como una de las más hermosas producciones del cine. Tanto ésta obra, como "Malas lenguas", pertenecen también a la Corporación Argentino-Americana de Films.

Una casa histórica que desaparece.--La vieja escuela de "San Telmo"



Frente de la antigua escuela San Telmo, hoy Guillermo Rawson, situada en la calle Humberto I, entre Defensa y Balcarce. La enorme magnolia, que aparece en primer término, fué plantada por los padres Betlemitas.



La dirección de la escuela, y aula en la que fué maestro el ex ministro de instrucción pública, doctor Salinas.



El inspector escolar, don Eloy Fernández Alonso, y el director del establecimiento, don Santiago Stafforini.



Sala de actos públicos en la cual se realizaba la colación de grados de los alumnos de la Facultad de Medicina.



Puerta de entrada al establecimiento. A su frente se halla emplazada la fuente que la Facultad de Medicina de Montevideo regalara a su congénere de Buenos Aires.



Aula situada en el piso alto de la escuela, en la que fué alumno el actual inspector escolar, señor Fernández Alonso.

El viejo barrio *del Alto*, verá pronto desaparecer a uno de sus antiguos y característicos edificios. La histórica casa de la escuela "Guillermo Rawson" (antes llamada de "San Telmo") caerá al golpe de la *piqueta demoledora;* y en su lugar, la *mano vigorosa* del progreso alzará un edificio moderno y hermoso que, sin duda, hará honor a la institución escolar argentina.

Mas... no ha de ser, seguramente, sin pena, que los viejos vecinos del *barrio del Alto* verán derrumbarse los muros de aquella venerable casa. Porque si en el esplendor del nuevo edificio que sobre sus ruinas se levante, ha de reflejarse el optimismo pujante de nuestro pueblo y su amplio espíritu de progreso,... también es verdad que entre los escombros y el polvo de los viejos muros se irá un jirón del alma de la *antigua ciudad porteña* con su cohorte de recuerdos y añoranzas...

Las ruinosas casas coloniales de techo de tejas y de arcaicas ventanas de reja, que aun quedan en pie en el tradicional barrio de San Telmo, han de sentirse entristecidas al ver que se va una de sus destacadas y predilectas compañeras...; y en su nostálgica amargura han de estremecerse, comprendiendo que también ellas pronto caerán a los golpes de la *maza* irresistible del *progreso*.

La desaparición, pues, de aquella histórica casa de estudios no podía sernos indiferente. Por eso hemos querido hacerle una visita antes de que su demolición comenzara.

Llegamos a sus puertas en momentos que terminaba la mudanza del moblaje de la escuela "Guillermo Rawson" a su local provisorio. Las aulas y los patios de la vieja escuela estaban desiertos y silenciosos, un hálito de tristeza flotaba por los corredores y las galerías, en evidente contraste con la bulliciosa alegría del enjambre infantil que hasta hace pocos días las inundaba de vida y animación, disimulando así la vetustez de sus puertas y sus paredes.

Salen a nuestro encuentro el inspector escolar don Eloy Fernández Alonso y el director del establecimiento don Santiago Stafforini.

—De modo—decimos, después de saludar a los funcionarios escolares—que todo esto desaparecerá muy pronto.

—Sí señor—responde el inspector. Es decir—agrega—desaparecerá este viejo edificio para levantar en su lugar una casa moderna y más en consonancia con los adelantos higiénico-pedagógicos. Pero la escuela seguirá siendo la misma: la escuela es un organismo vivo y aunque su aspecto exterior se altere y sus niños cambien en la sucesión de las generaciones, el alma de la escuela, su alma infantil es siempre la misma; esa no cambia...

—Pero—añadimos—entendemos que esta casa tiene una historia interesante que va más allá de la vida de la escuela...

—Efectivamente—dice nuestro interlocutor—y bien vale la pena renovarla.

—Si usted pudiera proporcionarnos algunos datos...

—Con mucho gusto. La historia de esta casa remóntase a los últimos años de la época colonial. Aquí estaba establecido el convento de los Betlemitas, congregación que tenía a su cargo el "Hospital de Hombres", instalado primero en la *Residencia* (antiguo Colegio de los Jesuítas) y más tarde en un local contiguo a la Iglesia de San Telmo, es decir, frente al mencionado convento (nuestra escuela actual). Más tarde, allá por el año 1858, la congregación de los Betlemitas abandonó este local y el viejo convento se transformó en la *Escuela de Medicina*.

—De modo—interrumpimos—que nuestros más afamados médicos...

—Sí, señor—continúa el inspector Fernández Alonso—muchos de los hombres que honran la ciencia médica argentina, han desfilado por las aulas de esta vieja casa, ya como profesores, ya como estudiantes.

—Podríamos recordar algunos de esos nombres—preguntamos.

—Muchos podrían citarse; entre ellos, los de Wilde, Baca, Mattas, Mallo, Albarracín, Golfarini, Damianovich, Pirovano, Molina, etc. Y como detalle curioso y sugerente, puede agregar que el médico-inspector de esta escuela, el doctor José Z. Caminos—médico prestigioso y espíritu cultísimo—ha sido estudiante de medicina en esta misma casa hace cuarenta años.

—¿Y el doctor Guillermo Rawson, cuyo nombre lleva hoy la escuela, perteneció también a la casa?—inquirimos.

—Efectivamente—nos dice el inspector escolar. Aquí dictó sus célebres conferencias aquel ilustre maestro, durante algunos años. Y en esa galería cubierta que usted ve ahí, es donde daba Rawson sus clases prácticas de higiene médica.

—¿Y hasta cuándo funcionó aquí la Facultad de Medicina?

—Hasta el año 1882, según nuestras informaciones. Luego, en el 1885, la propiedad fué transferida al Consejo Nacional de Educación, por el precio de $ 60.000, que se habría abonado en cinco cuotas anuales.

—¿De manera—decimos—que desde esa fecha funcionó la escuela primaria?...

—No, señor—observa el inspector. La escuela inició sus clases aquí (entonces calle Comercio N.° 61) en el año 1887. Su primer director fué don Juan Cubillas; y sus primeros maestros: Julio Paulero, Miguel Munar, Jacinto Fernández, Esteban Vaccaro, Leonor Rodríguez, Antonio Islas, Tiburcio Vestegui, Alberto Alegre, Julio Taylor y María P. de Fourni. Y como dato ilustrativo—agrega nuestro informante—puedo darle éste: el director ganaba $ 120; los maestros 70 y 42; y los de idioma y de música, 20, mensuales.

—¡Oh!—exclamamos—¡qué diferencia enorme con los sueldos actuales!

Nuestro interlocutor sonríe ante nuestra exclamación y nos dice tranquilamente

—No crea, señor. Esa *diferencia*



Entrada a la sala donde el doctor Guillermo Rawson, ministro que fué de Sarmiento, dictaba sus clases de higiene.



Patio interior y galerías del establecimiento.

enorme es sólo aparente. Compare usted los cambios de sueldos de otros cargos públicos o haga un pequeño cálculo comparativo entre el aumento de sueldos de los maestros y el del costo de la vida, y verá que el *magisterio* continúa siendo el *último mono del presupuesto*, como dijo una vez el gran maestro argentino.

Asentimos a la argumentación y volviendo al tema, preguntamos al director de la escuela:

—¿Podría darnos usted la nómina de sus antecesores?

—Con mucho gusto: después de don Juan Cubillas, que fué el primero, la escuela ha tenido los siguientes directores: Jacinto Fernández, Francisco P. Megy, Clemente Aguirre, Juan F. Calderón y Julio Sedano Acosta.—Además — añade el director Stafforini—del año 87 acá, han desfilado por esta escuela muchos maestros, algunos de los cuales desempeñan altos cargos en el magisterio... y hasta uno hubo que llegó a ser ministro de instrucción pública.

—¡...!

—Sí—el doctor José S. Salinas, que se inició como maestro en esta escuela y a ella perteneció desde 1892 a 1896.

—Sin duda—agregamos — el señor Salinas no habrá olvidado en las alturas la escuela donde hiciera sus primeras armas docentes...

—No la ha olvidado, efectivamente. Siendo ministro, a fines de 1921 hizo una visita a esta casa y asistió a la fiestita de clausura.

Satisfecha nuestra misión informativa, recorrimos en compañía del inspector escolar y del director, todas las dependencias del viejo edificio (cuyo ruinoso estado justifica debidamente la decisión del Consejo Nacional de Educación); y al entrar en una de las salas del piso alto, el director de la escuela nos dice:

—¡Ah... olvidaba darle una referencia curiosa: el inspector señor Fernández Alonso, que nos acompaña, ha sido también alumno de esta escuela.

—¡...!

Como respondiendo a nuestra mirada interrogativa, el aludido añade:

—Efectivamente; así es. Casualmente esta sala en que nos encontramos, era mi aula de 2.° grado en el año 90... Me parece ayer... El maestro se llamaba Sendras; creo que murió. Recuerdo perfectamente el sitio de mi banco, era el primero de la fila del medio; y hasta mi compañero de asiento, un chico delgado y vivaracho, de apellido Scarano, a quien nunca he vuelto a ver. De los condiscípulos de aquella época sólo sé de dos: un muchacho Tejerina con quien nos hemos solido encontrar ocasionalmente y el profesor Aldo Banchero, con quien luego fuimos compañeros en la Escuela Normal y seguimos siéndolo hoy en la inspección.

—¡Con qué alegría habrá vuelto usted a entrar en esta escuela, ya como inspector!—insinuamos.

—Puede imaginarse—nos responde el señor Fernández Alonso. Le aseguro que una de las más puras emociones de mi vida, fué la que experimenté ese día, en que después de cerca de treinta años entraba de nuevo en esta casa... de la que había salido niño y volvía como *inspector*... ¡Cuántos recuerdos, cuántos afectos, se agolparon a mi mente y cuántas imágenes queridas desfilaron por mi imaginación en aquel instante. Habían pasado *treinta* años... Sin embargo, todo estaba igual... La escalinata era la misma, la puerta estaba en su sitio, las hermosas y viejas magnolias continuaban impertérritas en su lugar... todo estaba igual... sólo yo había cambiado.

Y con las últimas palabras del inspector señor Fernández Alonso, que encerraban una invocación, nos despedimos de la vieja escuela de San Telmo.

REPORTER.

MOTIVOS CHILENOS



Electrificación de la línea ferroviaria de Santiago a Valparaíso. El presidente de Chile, doctor Alessandri, en la visita que recientemente efectuó a la línea, dirigió personalmente, a título de ensayo, uno de los primeros convoyes que corrieron en la misma.



Un aspecto del valle de "Río Blanco".



La estación Río Blanco, en la línea del Trasandino

Fots. J. C. Dantiacq.

"CRÍTICA", FESTEJANDO EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU 5ª EDICIÓN, OFRECIÓ UN BANQUETE AL PERSONAL DE REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES



La cabecera de la mesa ocupada por el director propietario de "Crítica", señor Natalio Botana (x), a quien acompaña en el puesto de honor el administrador del difundido diario, señor Cominges. El acto se realizó en el Parque Hotel, de Vicente López, y durante su desarrollo hicieron uso de la palabra los señores Arlía Ibarra, Taborda, Guibourg y Dedico.

REGRESO DEL DOCTOR FEDERICO CANTONI



El doctor Federico Cantoni, en la estación Retiro (Pacífico), dispuesto a trasladarse a San Juan. Lo rodean los doctores Carlos F. Melo y Aldo Cantoni, y los señores P. Arlía Ibarra, Alberto Salis y José P. Barreiro.

"FRAY MOCHO" EN ROSARIO DE SANTA FE



Un aspecto de la comida ofrecida en honor del señor Juan B. Chivaldi (x), gerente de la Compañía de Electricidad de Rosario, con motivo de ausentarse para Europa. La demostración fué tributada por el personal de la citada empresa.

Fots. Cornet y Aranda.

EL GOBERNADOR DE TUCUMÁN, EN TRANCAS



El gobernador de la provincia de Tucumán, señor Vera (X), acompañado del ministro de gobierno, doctor Gutiérres, durante su jira por el departamento de Trancas.



Grupo de criollos que bajaron de los cerros conduciendo productos nativos, para su venta en las fiestas de San Francisco Solano.

Fots. Posse.

SANTIAGO DEL ESTERO



Un aspecto de la demostración que caracterizados miembros del comercio y de la industria santiagueños, ofrecieron al gobernador de la provincia, doctor Manuel C. Cáceres, con motivo de cumplirse el tercer aniversario de su acción gubernativa.

DE RAFAELA



Las nuevas profesoras de corte y confección, recientemente egresadas de la academia que dirigen las señoritas de Luiselli.

El corso de las flores, en Niza



Uno de los más bellos carruajes adornados — representa un harén — que tomaron parte este año en el tradicional corso de las flores de Niza.

NOTAS TEATRALES





A la izquierda: El señor Rodolfo Valentino y su esposa, de la sociedad neoyorkina, que han tomado parte en fiestas sociales ejecutando bailes criollos, particularmente argentinos, indumentaria gauchesca más rica que fiel; a la derecha: ''Lágrimas'', una magnífica pose de la actriz Bárbara La Marr. Fotografía de Hoover.





Irena López Heredia y Ernesto Vilches, primeras figuras de la notable compañía cómico-dramática que debutará en el teatro Nuevo a mediados del mes en curso, procedente de Nueva York, donde ha obtenido un brillante éxito artístico.

PUEBLOS DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES: LOBOS



Vista panorámica de la plaza principal. Al fondo: la iglesia parroquial.



Un detalle de la plaza Tucumán.

Fots. Pigazzi.

DEMOSTRACIÓN





Banquete ofrecido al señor Bernardo L. Fontán, por un grupo de sus amigos, con motivo de su próximo enlace. A la izquierda: un aspecto del acto. A la derecha: la cabecera de la mesa. La demostración de referencia se llevó a efecto en los salones de la Rotisserie Sportsman.

Concierto



Señorita Elizabeth Loredo, niña de 13 años, que obtuvo un brillante éxito en su primera audición de piano, recientemente efectuada en el salón La Argentina.

En la estación Kilómetro 12 del F. C. C. C.



Después del almuerzo que don Odo Picciafuoco ofreció, en su quinta, situada en Kilómetro 12, a un grupo de amigos y de ferroviarios. Fueron comensales los señores Insúa, Aranzábal, Perea, Tricherri, Buzzetti, Luchetti, Kimball, Coletti y otros.

Policía de la capital



Señor Patricio Martínez, antiguo y meritorio empleado policial, recientemente ascendido a auxiliar.

DE LA COSTA SUR. — PUERTO DESEADO



Edificio de la sucursal del Banco de la Nación Argentina, en Puerto Deseado.



Una de las calles principales.



Vista panorámica del barrio comercial.



Carnero Rambouillet que obtuvo el premio Campeón, en la última exposición ganadera.



Hermosa estación de los Ferrocarriles del Estado.



Local de la Sociedad Rural, donde se efectúan las exposiciones ganaderas.



Leguminosas cultivadas en las chacras de la zona fiscal.



Copas de plata donadas como premios en la exposición rural.



Un aspecto del río Deseado.



Un tren de pasajeros del F. C. P. D. a Colonia Las Heras, saliendo de la estación.



Jurado que adjudicó los premios en la última exposición: doctores García y Caminada y señores Amelung y Casanello.

Fots. Severiano Lobo.


Ser bella constituye la suprema aspiración de la mujer. Pues bien, señora, para ver realizado este anhelo hay que empezar por el cutis. Suavice usted la piel de su rostro, depúrela de imperfecciones, manténgala nívea, fresca y delicada y protéjala contra la acción del sol y del aire, todo lo cual puede conseguir con el uso diario del POLVO GRASEOSO
LEICHNER
y habrá alcanzado lo más esencial para el triunfo de la belleza física.
MENDEL y Cía.
GUARDIA VIEJA, 4439
Buenos Aires
CERRITO, 673
Montevideo

ENVENENADORES ILUSTRES

En Roma hubo una época en que los envenenamientos se hicieron tan frecuentes que Juvenal, reflejando sin duda el sentimiento público describió el temor al veneno que obsesiona a aquellos cuya herencia puede ser codiciada. El ejemplo venía de arriba. El emperador Claudio, esposo de aquellas dos terribles mujeres llamadas Mesalina y Agripina murió por haber comido un plato de setas que la segunda de las mujeres citadas le mandó servir cuando hubo reconocido como heredero a Nerón, hijo de Agripina. Británico, hijo de Mesalina corrió la misma suerte. Heredero presunto del Imperio, fué separado del trono por las maquinaciones de Agripina, pero cuando el hijo de ésta fué elevado a la dignidad imperial sintió perder el poder, y amenazó a Nerón con restablecer a Británico en sus derechos, y Nerón le hizo envenenar en un festín.

La autora material de ambos crímenes fué la envenenadora profesional Locusta a la cual recompensó Nerón por la muerte de Británico, regalándola tierras y encargándola de reunir discípulos.

Por los siglos XVI y XVII Italia se nos presenta como el país clásico del veneno. Háblase con terror del "acqua Toffana", especie de solución arsenical debida a una mujer llamada Toffana, y se cita el veneno "de los Borgia", en torno de cuya familia se alzan las más espantosas sospechas. Con referencia al papa Alejandro VI (Borgia) y a su hija Lucrecia han corrido las más siniestras leyendas, pero la Historia no puede admitirlas por falta de pruebas.

Pero hay hechos acerca de los cuales no cabe dudar, como por ejemplo, en el caso de Bianca Capello. Esta mujer de extremada belleza y culpable, de grandes crímenes llegó a ser esposa de Francisco de Médicis, gran duque de Toscana, y desde aquel momento despertó el odio de su cuñado el cardenal Francisco de Médicis. En 1587después de una comida de caza en Poggio, Bianca y su marido murieron casi de repente, y no sin razón se dijo que el cardenal los había hecho envenenar.

Muchos hechos extraños pueden explicarse por el veneno. Cuando Jacques de Molay, el gran maestre de los Templarios fué quemado por orden de Felipe el Bello con el asentimiento del papa Clemente V emplazó a ambos ante el tribunal de Dios en el término de un año, y, en efecto, el papa y el rey murieron antes de expirar el plazo. Si tales hechos son ciertos, bien pueden explicarse por al intervención de un cómplice.

Luis XI siendo todavía delfín, fué acusado de haber envenenado a la amante de su padre, la bella Inés Sorel, que falleció de un modo misterioso y repentino después de una escena violenta con el futuro rey de Francia.

Cerca de un siglo después el delfín Francisco, hijo de Francisco I, moría de repente, y se atribuyó la muerte a su copero Montecuculli, gentilhombre de Ferrara que en su juventud había servido a Carlos Quinto, yendo más tarde a Francia con Catalina de Médicis.

En el reinado de los Valois figura también el veneno, Juana d'Albret, reina de Navarra, pereció cuando fué a la corte de Francia con su hijo, el futuro Enrique IV, y se afirma que encontró la muerte en unos guantes que Catalina de Valois le había regalado.

En todos los relatos de esta época se repite el nombre de Zamet, financiero italiano que alcanzó los más altos favores en Francia en tiempo de Enrique IV. A este personaje se le atribuye la muerte de Gabriela d'Estrées, ejecutada por orden del Gran duque de Toscana.

El reinado de Luis XIV se hizo notar por varios envenenamientos célebres, entre ellos el de Enriqueta de Inglaterra, hija de Carlos I y esposa de Felipe de Orleans. Todo el mundo acusó de este crimen al caballero de Lorraine.

En la misma época cometieron infinidad de crímenes la célebre Brinvilliers, la Voisin y otras de las que ya nos ocupamos hace tiempo en un artículo sobre envenenadoras.

El siglo XIX no se queda atrás en envenenamientos cometidos por hombres de cultura.

En 1823 se sustanció el proceso Castaing. El doctor Castaing, que tenía veintisiete años, era íntimo amigo de otro joven muy rico lamado Ballet, que le había instituído heredero. En una excursión que hicieron ambos amigos, Ballet cayó malo después de beber un vaso de vino que le sirvió Castaing; a los pocos días empeoró al tomar una taza de leche y después de ingerir un calmante administrado también por el médico, el enfermo entró en la agonía. Tan extraños hechos suscitaron sospechas, y Castaing murió en la guillotina convicto y confeso en 4 de diciembre de 1823.

Años después ocurrió en Inglaterra otro suceso parecido. El 21 de noviembre de 1855 murió de repente en un hotel el sportsman John Parsons Cook, cuya yegua acababa de ganar un gran premio en las carreras. Lo mismo que Ballet, Parsons Cook iba acompañado de un amigo médico, William Palmer, deportista también y miembro de una familia rica, pero que en aquellos momentos se veía en graves aprietos financieros. Como Palmer no se había separado de su amigo, la justicia sospechó; hízose la autopsia del cadáver y Palmer fué preso y condenado a la horca por envenenador.

Desde que se crearon los seguros de vida, han sido frecuentes los crímenes por envenenamiento perpetrados por personas que primeramente tuvieron cuidado de asegurar a sus víctimas en su favor. Buen ejemplo de ello es el caso de otro médico, Courty de la Pommeraye, de quien ya hablamos extensamente en otra ocasión.

Pommeraye era hijo de un médico y se hizo doctor en 1854, en París, donde ejerció la medicina y se ocupó de especulaciones bursátiles.

En 1861 se casó con una joven que poseía una dote de 150.000 francos y que murió en seguida.

Después le tocó la vez a su suegra Mme. Dubizy, a quien envenenó con digitalina. En 1863 convenció a su amante Mme. de Pauw para que tomase una póliza de seguro de vida de 550.000 francos y pocos meses después moría envenenada. Estas muertes extrañas y sucesivas llamaron la atención, y Pommeraye fué preso y condenado a muerte después de un ruidoso proceso.

Le ejecutaron en 1864.

PROGRESO



—Limpiar los bolsillos ajenos en la plataforma de los tranvías es una linda profesión, pero en estos tiempos produce poco, ¿qué te parece si pusiéramos un garage?

El frío y la conservación de las uvas

En los Estados Unidos se han hecho ensayos para determinar hasta qué punto se conserva la uva almacenada en cámaras frigoríficas y ha quedado demostrado que la conservación depende del modo de tratar la fruta al recogerla y embalarla.

Para no citar más que un ejemplo típico, la variedad "Flame Tokay", recogida y embalada comercialmente en cestos de claraboya ordinarios, se conservó de 10 a 12 días en buen estado, pero la uva tratada con mucho cuidado resistió 60 días y los racimos recogidos con más precauciones y embalados con aserrín de corcho se conservaron de 65 a 100 días.

Los experimentos tenían por principal objeto determinar qué factores obran sobre las facultades de conservación de la uva de mesa del oeste americano en su viaje a los puntos de consumo y se ha probado que las importantes pérdidas que sufre anualmente el comercio frutero se deben principalmente al sistema defectuoso que se emplea para tratar la fruta.

A PESAR...

Hay en tus labios un acento puro
de amor y de verdad.
Tal vez como me quieres, nunca nadie
me ha querido jamás:
pero a pesar de todo, aquí en el pecho
mi corazón inquieto está.

Hay en tu mano al estrechar la mía
un no sé qué de dulce y de leal,
que es como una caricia y un amparo:
algo de amor con algo de piedad...
pero a pesar de todo, aquí en el pecho
mi corazón inquieto está.

Tus ojos en mis ojos se han posado
llenos de ensueño y de humildad,
pero los ojos míos no se alegran...
¡están tan habituados a llorar!
y aquí en mi pecho el corazón inquieto
a pesar mío está!

Tu sol no puede florecer mis rosas:
se ha helado mi rosal...
Ya no podrán tus labios sonrosarme
los lirios muertos de la faz.
La vida toda me anegó en acíbar...
Tu amor no me valdrá,
porque a pesar de todo aquí en el pecho
mi corazón inquieto... inquieto está!

María MONVEL.

PUCHITOS

El transporte de mercaderías por autocamiones se está generalizando tanto en algunas ciudades norteamericanas, que no sólo sustituye a los carros de caballos sino también al ferrocarril. Por ejemplo, entre Nueva York y Filadelfia circulan diariamente treinta grandes camiones, que transportan encomiendas más económica y rápidamente que el tren. En Cincinate los autocamiones distribuyen en la ciudad el 97 por ciento de la leche que consume.

* * *

En todos los países europeos se presenta con gravedad mayor o menor el problema de la desocupación. En los principales países el número de obreros sin trabajo es más del doble que en el año en que estalló la guerra. En Italia es el cuádruple y en Inglaterra el triple. Las estadísticas de 1922, señalan los siguientes números de desocupados: Italia, 432,372; Francia, 832,532; Inglaterra, 1.502.955; Alemania, 245,073.

* * *

En un suburbio de la ciudad de México ha sido descubierta una pirámide que mide 40 metros. El descubrimiento fué hecho por el Dr. Manuel Gamio y por el profesor Commings, director del Museo de Arizona. Ningún otro monumento de América puede compararse con éste, en antigüedad. Los diversos estratos de ceniza volcánica y lava que cubrían la pirámide, hacen suponer que ésta fué construída mucho antes de la primera erupción del volcán Ainsco, hoy extinguido. Se calcula, pues, que la construcción data de 4000 años. La arquitectura de este monumento es totalmente distinta de todos los demás monumentos precolombianos descubiertos en América.

* * *

La mayor parte de la inmigración de Cuba es pasajera, como la que llamamos "golondrina", que acude para la zafra. En ciertos casos el gobierno autoriza a compañías a "importar" un número de trabajadores, con la condición de retirarlos del país una vez terminada la cosecha.

* * *

En la antigua Grecia, sólo se conocía especies de serpientes inocuas; los griegos, tan imaginativos, al observar la manera de insinuarse de esos animales, como si quisieran descubrir los secretos de las habitaciones y del suelo, sus ojos límpidos y fijos que parecían velar sobre las cosas, y su frecuente cambio de piel, símbolo de rejuvenecimiento, creyeron instintivamente que las serpientes eran seres que conocían el secreto de curar casi todas las enfermedades y las asociaron a Esculapio, dios de la medicina, representándolas como uno de sus atributos. El símbolo se conserva todavía; y por eso vemos en algunas farmacias el emblema de dos serpientes en el acto de beber en la copa de la Ciencia.

En la Edad Media, cuando un buey daba muerte a un hombre, o un cerdo devoraba a un niño, o un gato era sospechado de practicar lo que entonces se tenía por actos de magia, el animal era puesto en la cárcel, a menudo en común con los delincuentes humanos y sometido a proceso, con todas las reglas jurídicas. El juez, que era un magistrado ordinario, instruía el proceso, oía a los testigos, al fiscal, al defensor, y luego dictaba sentencia que consistía generalmente en condenar al animal a ser quemado o ejecutado por el verdugo oficial. Antes de la ejecución se leía la sentencia al animal encarcelado, que, en ocasiones, era también excomulgado por el clero.

* * *

Una de las noticias periodísticas falsas más sensacionales, típica del género, fué la que publicó un importante diario francés, "La Patrie", en momentos en que la famosa expedición de Garibaldi desembarcaba en Marsala. "Garibaldi, —decía el órgano parisiense,—rodeado por la flota napolitana, después de breve combate fué capturado y ahorcado en el mástil del mismo barco que lo transportaba. Como era de esperar, murió vilmente."

* * *

El abate Talbert envió a la Academia de Dijon un estudio sobre Bayardo. Al saber que su trabajo no había sido aceptado en el concurso por haber llegado tarde, hizo decir a los señores de la Academia: "Entendía que tomaba parte en un certamen literario y no en una carrera."

* * *

El consumo de leche seca, es decir, de leche reducida a polvo por el calor, se generaliza entre las clases pobres de Nueva York, y a él se debe en parte la disminución de la mortalidad infantil. Una de las ventajas de la leche seca es la de estar exenta de bacterias, como el cacao. Su manipulación es mucho más higiénica que la de la leche líquida. Resulta más económica que esta última por ser su transporte más barato y fácil. Una vez disuelta en agua tiene las mismas propiedades que la leche líquida, siempre que se le agregue unas gotas de jugo de una fruta ácida.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

La glicerina es muy útil cuando se hacen tartas, pasteles y otros trabajos de repostería. Unas cuantas gotas añadidas a la harina, en proporción de una cucharada pequeña por cada medio kilo de harina, hace la masa más ligera y manejable. Cuando se hacen dulces de fruta, tres cucharaditas de glicerina por cada libra de fruta impiden la fermentación del azúcar en caso de cocción insuficiente, y evita, por tanto, el riesgo de que aquél se cristalice.

Cuando se hierve jamón conviene echar en el agua una copita de vinagre, y unos clavos de especia. Así toma muy buen gusto.

Cuando se ponen en compota frutas ácidas, para gastar menos azúcar se les puede quitar la acidez echándoles una pequeñísima cantidad de carbonato de sosa. El azúcar que necesiten no se debe poner hasta después de haberlas retirado del fuego.

Las pasas no deben lavarse cuando se va a hacer "pudding" con ellas, sino limpiarlas bien con una servilleta.

Conservación de la manteca.—Colocad la manteca fresca en un frasco bien limpio cuyas paredes no pueda atravesar el aire.

Se hace hervir en un poco de agua la cantidad de sal necesaria para saturar esa agua, y después vertedla en el frasco de la manteca, de forma que quede cubierta por el agua unos dos centímetros; hecho esto se pone la tapadera.

De esta manera y teniendo cuidado de sacar la manteca que se consume, por capas horizontales, de modo que se evite la acción del aire, la conservación podrá prolongarse por tiempo indefinido, según lo demuestran recientes ensayos hechos en Argelia.

Para que el queso no se enmohezca, no hay más que envolverlo en una servilleta que se haya empapado y escurrido muy bien en vinagre y ponerlo en un sitio fresco.

Cuando la leche se pegue al hervirla, échese en seguida en otro cacharro y sumérjase éste en agua fría, dejándolo allí hasta que se enfríe el contenido. Una vez enfriada la leche, pierde el mal gusto y el olor desagradable que antes tuviera.

Cuando se hace compota se puede ahorrar mucho azúcar, teniendo cuidado de ponerlo después de haber hervido las frutas.

De este modo queda bien hecho el dulce con muy poca cantidad de azúcar.

La cocina

SOPA DE ARROZ CON LECHE DE ALMENDRAS

Se cuece el arroz a fuego lento en agua con poca sal, la corteza de un limón y dos hojas de laurel. Aparte, se prepara leche de almendras con 250 gramos de almendras mondadas y machacadas en un mortero de mármol. Con objeto de que no se separe de las almendras el aceite que contienen, es indispensable echarles una cucharada de agua para el machaqueo.

Cuando la pasta está hecha, se coloca en una servilleta blanca para que escurra bien y luego se deslíe en un cuartillo de agua un poco templada. Se pasa la pasta por compresión, al través de la servilleta que se moja de continuo en la leche para seguir comprimiéndola hasta cinco o seis veces y entonces se azucara el arroz y se le da el punto de cocción, echándole muy poco a poco y mientras cuece lentamente, la leche de almendras. La corteza del limón, el laurel y la canela, si se han puesto, se retiran, y se sirve el arroz aromatizado con agua de azahar.

PATO CON NABOS O CON ACEITUNAS

Limpia y preparada el ave y atados sus remos con bramantitos, se mete en una cacerola entre dos hojas de tocino mayores que su tamaño y de un dedo de grueso. Se añaden dos lonchas de ternera muy magra, dos zanahorias, dos cebollas, clavos de especia, una hoja de laurel, un ramillete de finas hierbas, muy buena sazón de sal y pimienta y dos cacillos de caldo.

Se cuece el pato así durante media hora, se saca de la cacerola, se cuela el caldo y se desengrasa.

Aparte, se rehogan y doran en la manteca misma del pato, nabos cortados en cachos pequeños. Cuando se han pasado bien, se ponen en una cacerola con el pato y en el jugo desengrasado, para que cuezan juntos, y terminada la cocción se pone el pato en una fuente, los nabos alrededor y se vierte por encima muy hirviente su propia salsa.

Cuando el pato es con aceitunas, se deshuesan éstas, que han de ser gordas y sanas, y sin que tomen color en la manteca se incorporan en la cacerola en que cuece el pato en su jugo limpio, diez minutos antes de servir, para que sólo den unos cuantos hervores.

El pato, con patatas guisadas, con cebollas glaseadas, con puré de legumbres, con berzas y coles es también rico manjar, pero con nabos resulta exquisito.

CARACOLES A LA EXTREMEÑA

Después de lavarlos en cuatro o cinco aguas, se ponen en una vasija ancha con agua donde se bañen bien, y se ponen a la lumbre. Según se van calentando se van saliendo de las conchas y muriendo con todo el cuerpo fuera, en cuyo estado se sacan y se lavan muy bien con sal y con más aguas. Luego se ponen a cocer para acabarles de quitar el verdín.

Fríase cebolla con aceite, mézelese con los caracoles, rehogándolos muy bien, y después de ponerles sal y agua, déjense cocer durante tres o cuatro horas.

Por último, se pican verduras y se machacan con un poco de pan, sazonándolas con toda clase de especias, hinojo y tomillo, y se deslíen en el caldo los caracoles. Si el caldo estuviese claro se le añade harina frita.

En este guiso no está de más el ajo y el agrio al tiempo de servir.

EL PRIMER HIJO



El papá cuando ve que el nene se lleva algo a la boca.

TORTILLA SOUFFLÉ

Se hace con las claras de seis huevos, las yemas de cuatro, el zumo de medio limón y cuatro cucharadas grandes de azúcar blanco en polvo.

Se baten por una parte las claras hasta que hagan espuma espesa, y por otra las yemas con el azúcar, hasta que formen una especie de crema, a la que se agrega el zumo del medio limón. Yemas y claras se mezclan entonces, se baten cuidadosamente y se ponen en un plato que vaya al horno, que ha de estar muy caliente, y en él se dejan durante quince minutos próximamente, hasta que se doran por encima.

Hay que servir la tortilla inmediatamente para evitar que se desesponje.

MIEL AGRIA COMO BEBIDA

Hacer hervir una parte de vinagre de uva por dos de miel en un recipiente de zinc. Para tomarlo hay que poner una parte por ocho de agua fresca. Es una excelente bebida para acallar la sed de los enfermos de fiebre.

TORTITAS DE MIEL

Se echa en un recipiente 750 gramos de miel, 200 almendras dulces picadas, 250 gramos de azúcar refinería, 15 gr. canela, 8 gr. clavo de olor y 3 huevos. Hay que hervir la miel y hacerla enfriar, poniendo sólo la harina suficiente para que esté la masa no demasiado espesa formando después pequeñas masitas tostándolas al horno.

Se mezcla y hace cocer ¼ litro de miel con 125 gramos de azúcar, 2 cucharitas de rom, 8 grs. de canela, 8 gramos de clavo de olor, un poco de cáscara de limón rayado y jugo de limón. Enfriada la masa, agréguese harina para hacer una pasta muy bien amasada. Esta pasta se deja por espacio de 12 horas en un sitio seco y bastante caliente; después de este tiempo se hace pequeñas masitas tostándolas en horno no demasiado caliente.

LOS MAESTROS DE LA CARAMBOLA

Apuntes de Felipe Torcuato Black, tomados en los "36 billares"



Mesz, jugador alegre y confiado



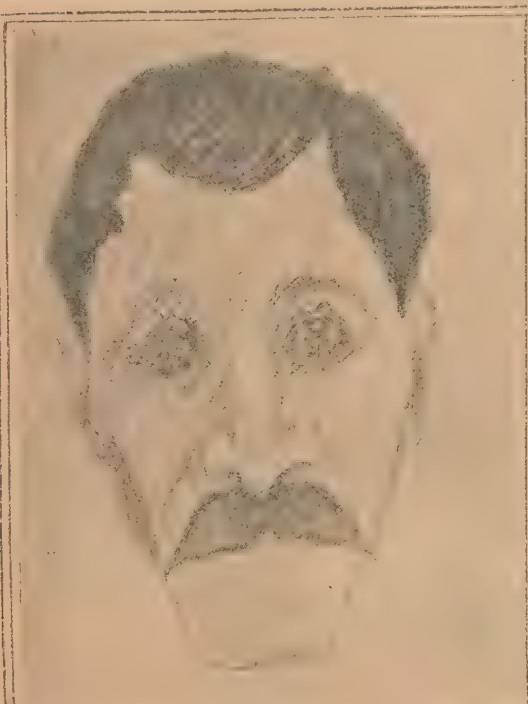
Costa, temible en tres barandas.



Aguirre joven, campeón de carambola libre.



Aguirre viejo, temible en un [illegible].



Menéndez, hábil barandista, y, de yapa, aragonés.



Un espectador respetable. No juega, "ma se fica in todo".



Pouchán, "as" de los "ases" y patriarca de los "36".



Pérez grande, "leader" de carambola libre.



Del Valle, tablas largas. Nunca pierde... la paciencia.



Pérez chico, bohemio de la carambola.



Don Benito, campeón de una mano.

¡SILENCIO! por Antón CHEJOV

Iván Egericg Krasnujin, periodista mediocre, vuelve a casa de mal humor, grave y pensativo. Al verle, se diría que espera la visita de los gendarmes o que ha pensado suicidarse.

Es más de media noche.

Krasnujin se pasea largo rato a través de la estancia, se detiene luego y pronuncia, con tono trágico, el monólogo siguiente:

—Estoy deshecho, mi alma está fatigada, mi cerebro está lleno de ideas negras; pero, con todo, cueste lo que cueste, tengo que escribir. ¡Y esto se llama vida! Nadie ha descrito aún el estado de alma de un escritor que debe divertir al vulgo, cuando tiene ganas de llorar, o compungirle, cuando tiene ganas de reír. El público me exige que sea frívolo, ingenioso, indiferente. Pero, ¿y si no puedo serlo? Supongamos que estoy enfermo, que mi hijo se ha muerto, que mi mujer está de parto, no importa, estoy obligado a divertir al público...

Luego, se dirige al dormitorio y despierta a su mujer.

—Nadia—dice,—voy a escribir. Que nadie me moleste. Es imposible escribir cuando los niños lloran o ronca la criada. Además necesito te y un bisté o cualquier otra cosa; pero, sobre todo, te; ya sabes que sin te no puedo escribir. Es lo único que me estimula, que me entona.

De nuevo en su gabinete, se quita la americana, el chaleco y las botas con extremada lentitud. Luego con expresión de inocencia ultrajada, se sienta ante su mesa de trabajo.

Cuanto hay sobre ella, hasta la más insignificante bagatela está dispuesto, con arreglo a un plan preconcebido, en el mayor orden. Se ven allí pequeños bustos y retratos de escritores insignes, un montón de borradores, un volumen abierto, de Tolstoi, un hueso humano que sirve de cenicero, un periódico colocado de modo que se vea la inscripción que Krasnujin ha hecho en él con lápiz azul, y que consiste en dos palabras: "¡Qué vileza!"

Hay también diez lápices muy bien afilados y porta-plumas con plumas nuevas; destinadas a reemplazar las viejas, de manera que Krasnujin pueda trabajar sin la menor interrupción, lo que es muy importante cuando se está inspirado y se crea algo grande.

Krasnujin se reclina en su sillón, cierra los ojos y comienza a buscar un tema. Oye a su mujer preparar el te. Probablemente, no está todavía despierta del todo, pues a cada instante deja caer algo, a juzgar por el ruido. Luego, suena en el samovar el agua que comienza a hervir. Se oye también chirrear la carne sobre el fuego.

De pronto, Krasnujin se estremece, abre los ojos y empieza a olfatear.

—¡Pero qué olor!—gime, haciendo gestos dolorosos.—¡Me voy a poner malo! Esta mujer insoportable quiere perderme! ¡Dios mío, no es posible trabajar en estas condiciones!

Corre a la cocina y prorrumpe en un lamento trágico.

Sentado de nuevo ante su mesa, poco tiempo después le lleva su mujer el te. Parece estar sumido en reflexiones profundísimas; no se mueve, y se oprime la frente con la mano. Finge no darse cuenta de la presencia de su mujer, absorto en sus graves pensamientos.

Antes de escribir el epígrafe de su artículo se aprieta las sienes con los dedos y pone la cara de quien tiene dolor de muelas. Al fin, moja la pluma en el tintero, y, con un ademán decidido, resuelto, como si firmase una sentencia de muerte, escribe el título.

—¡Mamá, agua!—oye gritar a su hijo.

—¡Calla, calla!—contesta, con voz sofocada, la madre.—Papá está escribiendo.

Papá está escribiendo muy de prisa, sin detenerse. Los bustos y los retratos de escritores insignes miran correr su pluma sobre el papel, y parecen decir:

—¡Dios mío, qué de prisa escribes! Nosotros no pudimos nunca escribir de ese modo.

Krasnujin escribe sin tregua. Un silencio profundo, imponente, reina en torno suyo. No se oye sino el roce de la pluma sobre el papel. Se diría que los escritores insignes que tiene delante velan por su calma y murmuran:

—¡Silencio! El señor Krasnujin está escribiendo.

De pronto, Krasnujin se estremece, suelta la pluma y aguza el oído. La vecina Foma Nicolayevich reza en el cuarto próximo.

—Oiga usted—le grita Krasnujin.—¿Quiere hacer el favor de rezar más bajo? No me deja usted escribir.

—Bueno, señor. Perdóneme usted.

Y torna a reinar el silencio. Los escritores insignes velan nuevamente porque nadie moleste al señor Krasnujin.

El cual, después de escribir cinco cuartillas, se despereza y saca el reloj.

—¡Dios mío, son ya las tres!—gime.—Todos duermen: sólo yo trabajo.

Quebrantado, desmadejado, se dirige a la alcoba, despierta a su mujer, y gime con voz quejumbrosa:

—Nadia, dame más te. Se me acaban las fuerzas.

Escribe hasta las cuatro. Acaba el artículo, para cuya prolongación no se le ocurre ya nada.

Se va a la cama.

—Estoy tan cansado—le dice a su mujer—que no podré dormirme. Nuestro trabajo maldito de literatos quebranta el alma aún más que el cuerpo. Tendré que tomar bromuro... Si no tuviera que sostener a la familia, hubiera ya roto mi pluma... Esto es atroz, sobre todo si no se escribe por inspiración, sino de encargo.

Un minuto después, ronca.

Duerme hasta el mediodía con el sueño de los justos. En sus ensueños se ve convertido en escritor célebre, en rico editor, en director de un gran periódico. ¡Pero son ensueños no más!

Cuando abre los ojos, un profundo silencio reina en su aposento.

—¡Silencio, niños!—dice, en voz muy queda, la madre.—¡El pobre papá ha estado escribiendo toda la noche! ¡Chit!...

Nadie se atreve a andar, a hablar, a hacer el menor ruido. Se teme turbar el reposo del señor Krasnujin.

—¡Silencio! ¡Chit!—se oye de vez en cuando.

Y el señor Krasnujin llega a convencerse de que su reposo tiene una importancia grandísima, punto menos que universal.

PREPARANDO EL TERRENO



El.—He perdido todo mi dinero en el juego.
Ella.—¡Descuidado!: si sigues así, algún día vas a perderme a mí también.

El Antártico

El misterio del Antártico ocupa intensamente la atención de los hombres de ciencia. Uno de ellos, norteamericano naturalmente, ha lanzado la espantosa hipótesis de un próximo diluvio universal, provocado por la probable desintegración en gran parte de la inmensa masa de hielo acumulada en el Antártico.

Esa enorme masa de hielo ha llegado, según ese señor, al grado extremo que precede a la desintegración. No puede estar lejano el momento de la disolución de miles de millones de metros cúbicos de hielo y del reflujo sobre las otras partes de la tierra de toda el agua recogida en el hemisferio meridional, que representa los cuatro quintos de las aguas del mundo.

En compensación de esta lúgubre profecía vienen las agradables noticias comunicadas por los miembros de la expedición Quest, los cuales han declarado que en el Antártico deben existir grandes yacimientos diamantíferos.

Los exploradores encontraron en un islote una vasta excavación, que los mineralogistas de la expedición examinaron, reconociendo las características del terreno de aluvión que transporta diamantes.

Los expedicionarios dicen también que han descubierto gigantescos bosques marinos y que han reconocido lugares extraordinariamente propicios para la pesca. Allí los peces abundan hasta lo inverosímil, y son de una especie óptima para la alimentación humana.

Una interesante personalidad femenina: Isabel Creus

La señorita María Esther Deretich, autora del reportaje que publicamos a continuación, lo ha ilustrado con su hábil pincel, presentándonos un retrato femenino de exquisito relieve en su doble faz, psíquica y artística.

—¡Un minuto, nada más! Quiero dar expresión a la mirada. ¡Es tarea tan difícil! Sus pupilas son cambiantes como la onda...

—Y como ella, pérfidas... ¡no!— me interrumpe sonriendo Isabel Creus.

Porque son los rasgos de esta gentil escritora, los que trato de fijar con mis lápices sobre el papel, sorprendiendo el secreto de la expresión verdadera y definitiva, que ora juguetea esquiva en los labios sonrientes, ora se esconde tras el enigma de la pupila o se aleja, precisamente cuando, nuevo Edipo, he creído descifrar el misterio de la Esfinje.

Abiertos ampliamente los ventanales del estudio, entra por ellos a raudales la luz del sol y la brisa juguetona, que trae en sus alas perfumes de aromos y jazmines del país.

Un haz de luz dorada, las alas zumbadoras de un insecto, una evocación, un recuerdo amable determinan las sensaciones que van reflejándose en el rostro de mi interlocutora, la cual "posa", mostrando el perfil un poco imperioso, que el mentón con sus graciosos hoyuelos suaviza, el gesto atormentado por la forzada quietud, mientras lucho con todas las potencias de mi arte, para revelar en un rasgo, la complicada psicología de este alto espíritu femenino.

Y frente a sus ojos, en la intensa claridad de la tarde, frente a sus pupilas hondas, que son a veces de un verde sombrío de boscaje, otras, de un verde de luminosos prados, en un momento fugaz y de exquisita emoción, he llegado por un camino ideal hasta el lago sereno de su alma. Alma grande, bella, profundamente sensible y a la que un temperamento inquieto, sediento de Infinito o tal vez un oculto dolor (¡quién puede saberlo!), imprime a veces un dulce tinte melancólico, como una bruma vesperal de ensueño.

Es entonces, cuando sus ojos sombríos y luminosos, abismados en su ensueño interior, tórnanse impenetrables y cambiantes como el mar. Y en vano buscárase en su rostro expresivo, en su risa cristalina, esa dulce melancolía tan propia de los grandes espíritus atormentados por una maravillosa ansia de perfeccionamiento. Y es por esto que Isabel Creus, como raramente sucede en la mujer de letras, reune a sus relevantes dotes de escritora y socióloga, el singular encanto de su exquisita femenidad.

Con acierto ha dicho en una de sus obras: "La mujer espiritual, inteligente y graciosa, no se masculiniza nunca. Ella tiene una visión exacta del futuro, posee una superioridad que es arte, que es bondad y es belleza y pone siempre un átomo de ensueño para suavizar la crudeza de las cosas."

Y en verdad, que a nadie mejor que a la talentosa escritora, puede aplicársele sus mismas frases. Suavizar la crudeza de las cosas, alentar en el difícil camino de las letras, esa es su noble misión. Tomar de la mano, con la suya, suave y firme—roble y musgo —al que desalentado se ha dejado caer en un sendero extraño, mirando las estrellas y decirle con su voz armoniosa: "Levantaos y seguidme; yo llevo rosas en mi camino para los espíritus fraternales."

Y con su bondad radiante, esas rosas suyas se parecen a estrellas.

En la placidez de esta tibia tarde dorada, la dulzura que irradia de su juventud vigorosa y serena, es como un acariciante viento de llanura, que habla de azules lejanías, de frescura de bosques, de algarabía de pájaros, de suavidad de auroras.

¿Por qué Isabel Creus no prodiga su talento en conferencias sobre temas artísticos o literarios? ¿Por qué se encierra en su "turris eburnea", rehusando participar de los ágapes fraternales, ya que su verba es exquisita, hondo su sentir, luminosa y exacta su visión de las cosas, amplio y optimista su concepto de la vida? Ella no lo dice nunca. Cuando se solicita su concurso, desvía la conversación para referirse a alguna otra personalidad femenina, gesto generoso y gentil que es raro en nuestro ambiente intelectual.



Señorita Isabel Creus.

Y activa y silenciosa como una abeja, va cosechando sus mieles, permaneciendo siempre un poco enigmática, aún cuando se levanta con señoril gentileza para recibir a una amiga, la mano pronta a la presión afectuosa, el alma pronta a amparar la confidencia—que no sabemos en virtud de qué misterioso sortilegio, surge sin quererlo casi y su voluntad puesta, con gesto amplio y generoso, al servicio de los que sufren, sueñan o anhelan.

Isabel Creus me mira de frente, entornando con maliciosa expresión sus ojos, ahora "de color de luna", según la expresión del poeta.

Cruza las manos debajo del mentón con gesto habitual; todo su rostro se ilumina en una sonrisa y con su voz cálida, un poco velada siempre, comienza a recitar las bellas estrofas de "El artista":

Dadle aire, luz, espacio... Tended ante su vista
De un horizonte de oro, la vaga inmensidad...

M. E. DERETICH.

El platino

Si se confirman las noticias procedentes de España y del Brasil, el platino, que debido a su escasez ha sufrido en los últimos tiempos una fuerte alza en su precio, podrá ofrecerse en abundancia dentro de poco tiempo.

El ingeniero español señor Ortueta, que ha realizado investigaciones geológicas en las sierras de Ronda (España), declara que ha encontrado yacimientos de platino superiores a los que existen en los Montes Urales de Rusia, que hasta ahora se consideraban los mayores del mundo.

Noticias parecidas han sido trasmitidas del Brasil. Parece que se ha encontrado, también, un importante yacimiento de platino en el Estado de Parahyba del Norte y que se hacen los preparativos para establecer su explotación.

Necrología



Señorita María Josefa Ardizzi, fallecida en esta capital.

LA CASA DEL REY MORO DE RONDA

EL BAÑO DE LA SULTANA

La princesa estaba triste... Cuando las princesas están tristes, es señal indeleble de que quieren satisfacer un capricho. Y cuando las princesas tienen un capricho, hay que echarse a temblar, porque a lo mejor se les antojan cabezas de santos.

Más modesta en sus pretensiones, la princesa Galiana, la favorita del efímero reyezuelo de Ronda, Abu-Malik, quería un baño.

El higiénico capricho ha sido fácil siempre de satisfacer habiendo agua en abundancia como primer elemento. Pero existía la dificultad de que la bella sultana lo quería en Ronda, en el magnífico palacio que se alza sobre los abismos del Tajo famoso, por cuyo fondo desliza sus aguas limpias y transparentes el Guadalevín.

Cierta noche, en la que la luna no podía faltar para embellecer la leyenda, Abu-Malik sorprendió a su princesa, triste y pensativa, en el retiro amoroso adosado a su Alcázar, que cual jardín babilónico, colgaba sobre la cortadura zanjante del Tajo.

Lámparas de ágata, dice un autor, sostenidas por cadenas doradas, pendientes de un techo labrado con maderas preciosas y adornado con ébano, nácar, granate y sándalo, repartían por todo el edificio una luz lánguida y opaca. La que se precisa para que las escenas pasionales, sean siempre más interesantes.

Los muros afiligranados aparecían llenos de inscripciones amorosas, y en ellos colgaban tapices de damascos, espejos de plata bruñida y jaulas de oro con dorados canarios. En el pavimento, alcatifas de la India, coloreadas con sedas y oro; y sobre ellas, de trecho en trecho, pebeteros de pórfido, de jaspes, de plata, inundaban el ambiente de perfumes de Oriente y de Siria y de la Arabia, a porfía con la rica fragancia despedida por el aura de los colgantes jardines.

En medio de esta suntuosa decoración de lujo y placer, la caprichosa sultana está triste, muy triste...

Así la sorprendió el sultán con un delicioso mohín de disgusto en los labios cuando la bella Galiana advirtió su presencia.

Enamorado, locamente enamorado de la sultana, Abu-Malik indaga el motivo del mal humor.

¿Qué quiere la caprichosa favorita? A todo, a todo está dispuesto su sultán con tal de verla contenta: hasta a hundir la Ronda entera en el abismo si con ello le evitaba un pesar, la ahorraba una sola lágrima.

Pero la favorita calma la exaltación de su dueño y señor.

—¡Oh! No lo permita Al-Lah—repono vivamente la sultana.—Es mucho menos lo que apetece tu pobre esclava. Es... es... un baño para mí sola. Un baño en el Tajo; ahí mismo; al pie de mis ventanas.

Si el capricho de la sultana no hubiera sido tan preciso, fácil le hubiera sido al sultán complacerla al momento sin más que encargar una colección de baños de mármol de todos los colores.

Pero ella quería no que le subiesen el baño, sino bajar ella al fondo sublime del Tajo rondeño por aquellas paredes de granito y dejar acariciar su cuerpo de diosa por el cristal del Guadalevín.

Como aún no se habían inventado los ascensores, el capricho raro de la sultana rondeña era un conflicto.

Pero como el sultán prometióle satisfacer su deseo; a la mañana siguiente comenzaron los trabajos ímprobos de aquella maravillosa labor, que aún se conserva. Sobre la piedra viva del Tajo serpentea en agudo zig zag una escalera labrada de 365 peldaños, que ponía en comunicación el palacete de la favorita con el fondo del abismo, por donde corrían las aguas que quería la sultana refrescasen su ardiente cuerpo.

Por el estado actual no se puede juzgar de lo que fué este descenso abierto en las paredes del Tajo por el capricho de la sultana. Pero en los primeros tiempos la solicitud del monarca enamorado debió proveer a la comodidad del descenso y el ascenso de su caprichosa favorita. En efecto; dos grandes salas que debieron ser de descanso interrumpen la escalinata para que en ellas reposase la sultana rondeña las fatigas del ascenso, si no es que en litera la conducían robustos esclavos al borde de la profunda sima.

Una de las salas se llama de los Secretos, porque análogamente a otras estancias de parabólica techumbre, permite hablarse en silencio desde los foros. De trecho en trecho, tragaluces abiertos en la roca marcan las ondulaciones de la escalera. Abajo, ya en el cauce del río, una melancólica puertecilla marca el final del descenso.

El tiempo ha impreso su huella destructora en esta maravillosa obra, nacida del capricho higiénico de la favorita Galiana. Los [illegible] gastados; las paredes, hún[illegible] lan agua como en las [illegible] lactitas. Pero, aunque destro[illegible] palacios de Abu-Malik y de [illegible] aun conservan estos lugares el perfume sugestionador de la leyenda.

Al principio los salones abiertos en la roca estarían lujosamente amueblados, para que sirviesen de grato descanso a la soberana de Ronda. De las techumbres pendían lámparas de bronce, y los peldaños estaban reforzados con planchas metálicas. Y en el fondo, allí donde no existe hoy día más que un tranquilo y muerto estanque, estaba el baño suntuoso. Un pabellón cubierto, ornado con lujo oriental, donde la hermosa caprichosa, desnuda, se sumergía en las frescas ondas del Guadalevín, que mansamente la acariciaban con sus encajes de espumas.

Una avenida impetuosa dió al traste con el departamento, que la solicitud del sultán rondeño elevó en el fondo del Tajo, y hoy no queda más que el recuerdo perpetuado en un estancamiento de las aguas del río.

Sobrevinieron los duros tiempos para los musulmanes de España. La efímera Corte rondeña se extinguió y de [illegible] los palacios y jardines [illegible] sobre el Tajo no [illegible] piedra [illegible]. Sólo la leyenda [illegible].

La escalera [illegible], que sólo [illegible] Malik, debió servir para que [illegible] los cristianos [illegible] desde el [illegible] del Tajo hasta la ciudad, [illegible]tificando la antigua maldición: "En Ronda mueras acarreando zaques".

Algún cautivo labró con sus [illegible] aún se ven en un [illegible]dón, a media[illegible]ón de la escalera, y que se conoce por "la cruz del buen cristiano".

Ello demuestra que lo que se inició por un capricho higiénico de la sultana, acabó por ser una arteria para el abastecimiento de aguas de la población, a cuya empresa dedicaron los mahometanos a los infelices cautivos cristianos que aprisionaban en sus correrías.

Y el desgaste de los escalones evidencia que no debieron ser sólo lindos pies de mujer los que hollaron la piedra.

Palacio y baño vinieron abajo, y aunque en Ronda perduraba el recuerdo de la leyenda del "baño de la sultana y la Casa del Rey Moro", nada quedaba en pie de aquellas encantadoras mansiones.

Sólo la escalinata de piedra había logrado desafiar con su dureza la acción de los siglos.

Pero, andando el tiempo había de surgir un excéntrico americano, Mr. Perin, que, enamorado de la leyenda de los monarcas rondeños, compró la Casa del Rey Moro, intentando resucitar aquellos tiempos de leyenda, pues hasta proveyóse de una favorita, que si no era Galiana precisamente, podía hacer muy bien su papel.

Las excentricidades famosas que cometiera, que denotaban un temperamento poco equilibrado, motivaron que la familia lo reclamara y lo recluyera en una Casa de Salud.

La casa fué vendida al conde de Montelirio, de quien la adquirió una dama ilustre: la Excelentísima duquesa de Parcent, que ha acometido una magna labor restauradora, convirtiendo la Casa del Rey Moro en un verdadero palacio de estilo español antiguo, y que constituye, con la subterránea escalinata que conduce al fondo del Tajo, una poderosa atracción más de la encantadora Ronda, porque todo ello está perfumado por el aroma de una leyenda de Amor.

Ronda posee otras interesantes curiosidades naturales e históricas que, al evocar tiempos pretéritos, constituyen para el viajero artista un motivo de hondas sensaciones estéticas. Entre las más famosas citaremos al famoso Tajo. Salvan la gigantesca cortadura tres puentes de atrevida traza; el de las Curtidurías, al que se atribuye origen romano; el Viejo, de segura construcción morisca, y el magnífico puente nuevo, principal maravilla de Ronda. Fué autor de sus planos el arquitecto malagueño don José Martín de la Aldehuela, realizándose la obra desde el año 1784 a 1788. Esta última fecha se señala por una circunstancia trágica. Poco antes de ser colocada la postrera piedra del puente, el arquitecto cayó desde uno de los andamios al fondo del abismo, sellando así con su sangre la estupenda obra de ingeniería. La magnitud y atrevimiento de esta soberbia construcción es tal, que, por sí misma, si no existiera la maravillosa Casa del Rey Moro, vale la pena de una excursión a la encantadora ciudad malagueña, teatro de tantas leyendas de valor y de galanía.

Guillermo RITTWAGEN.

TIEMPO PRETÉRITO

Ayer cantó mi musa sensitiva
versos de amor con luces estivales,
y el encanto de líricos rosales
perfumando mi torre intelectiva.

Hallé en las cosas sed y una furtiva
ansiedad de morir por tiernos males;
profundas turbulencias pasionales
que alteraron mi calma subjetiva.

Mientras moría el sol sobre los lagos
en las horas de un éxtasis profundo
canté por mi dolor temas aciagos;

y tan hondo sentí crudos anhelos,
que ahito de sufrir partí del mundo
y fuí astro en la curva de los cielos.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí



BIBLIOGRAFÍA

Las hojas secas, por Campoamor de la Fuente.

Campoamor de la Fuente es un joven poeta cuya es la musa de la melancolía. Su verso es sencillo, suave y manso. No caben en él las complejidades ideológicas ni las complicaciones rítmicas, y su melancolía se viste por lo común de un musical octosílabo para expresarse.

En íntimo consorcio con la naturaleza, a la que este poeta, por modalidades de temperamento, ve triste, ya que se deleita en la contemplación de la caída de sus hojas, Campoamor de la Fuente une a ella su espíritu que, como otro árbol más, agostado por el otoño de la melancolía, deja caer versos sencillos, suaves y mansos como hojas que se desprenden.

Las Hojas Secas, es un libro de versos en voz baja: ¡noble virtud!

Casi es un monólogo el que el poeta sostiene en él, aunque a veces parece dialogar con seres abstractos, como en *El palacio del dolor;* mas es sólo por breve tiempo, torna otra vez a su melancólico monologar que es donde el poeta halla sus versos más dulces.

Citaré, por su realidad *Elegía de una madre,* aun cuando esta de la realidad es una virtud que palpita en todo el libro. Se ve que el poeta canta lo que vive, y porque su vida es melancólica y está llena de sencillos acontecimientos, él, melancólicamente, la evoca con sencillez y dulzura.

Como debo reproducir algo, para que el lector guste de la mansedumbre melancólica de este libro, que es como un hilo de agua limpia deslizándose por entre riscosas peñas, lo haré con *Caja de Música,* por sintetizar de admirable modo el corazón de este sensible-sensitivo.

CAJA DE MÚSICA

Me dicen que no he cambiado;
me dicen que soy el mismo...
¡Si me viesen por adentro
ya verían qué distinto!

Este corazón de ahora
¿es el que tuve de niño?
No; que aquel ha mucho tiempo
se me rompió en el camino.

Era una caja de música
llena de alegres sonidos...
Un día saltó la cuerda
y en pedazos se deshizo.

Hay horas en que parece
que no dejé de ser niño,
y que la caja de música
vibra con el son perdido.

Entonces la vida tiene
otro color, otro ritmo...
Suelo cantar... Mas mi canto
siempre termina en suspiros.

Hoy amanecí contento:
¿La pena se había ido?
No se había ido, no;
sólo se había dormido.

Y dicen que no he cambiado;
y dicen que soy el mismo...
Y no ven que ya no soy
ni sombra de lo que he sido.

De la vida y de las cosas
es la tristeza en que vivo.
En verdad yo no soy triste;
es que estoy entristecido.

Ernesto Morales

Música.

Hemos recibido el *Tercer Album Musical de Tonadas, Vidalas y Bailes Criollos,* para piano y canto, de que es autor el conocido profesor, señor Andrés A. Chazarreta.

Para dar idea del valor artístico de dicho cuaderno, detallamos a continuación las composiciones que contienen sus páginas:

Tonadas: "El alero", "El ramito de flores", "Las aves que hicieron nido", "El palomar", "Tradición Nacional", "La llorona".

Vidalas: "Ausencia", "Oiga la cielosita", "Te 'i de querer", "Una prenda que dejé", "Mana Sutioj", "Disculpa, morena", "Me causa un sentir", "Me mata un rigor", "La serrana".

Bailes: "El minué federal", "La familiar" (zamba), "Los amores", "El gato correntino", "Palapala, pulpero", "La resbalosa", "Una boliviana" (zamba), "El prado", "Cuando nada te debía", "La negrita" (chacarera).

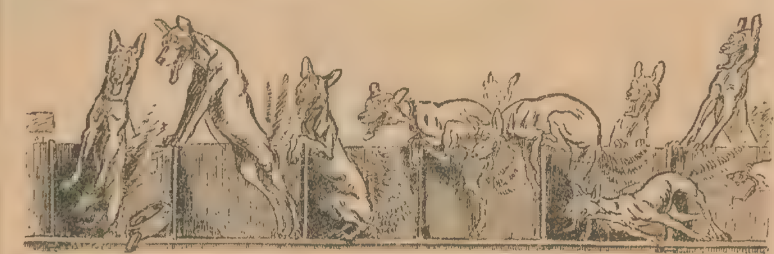
EN LA EXPOSICIÓN CANINA



—¿No saben la noticia, muchachos?: el negro mordió la cadena.



—¡Zas!: muerde a un bull dog.



—¡Araca!: muerde al cuidador.



—¡Muerde al juez!

Como puede suponerse, las citadas composiciones musicales, impregnadas del sentimentalismo del alma criolla, constituyen un ramillete de verdadero arte nativo argentino, que ha de ser altamente estimado por los que conservan el culto a nuestras más íntimas costumbres y tradiciones.

Suplemento de "El alma que canta".

A nuestra mesa de redacción ha llegado el N.° 15 de este suplemento, que marca, a no dudarlo, un postivo progreso. El material de lectura que trae, las firmas que lo prestigian, las ilustraciones y demás labores relacionadas con la presentación, dicen a las claras que se trata de una publicación llamada a figurar en la vanguardia de nuestras grandes revistas, máxime si tenemos en cuenta que próximamente aparecerá cada quincena, hasta hacerse semanario, lo que le dará, por cierto, gran impulso y popularidad.

Para apreciar debidamente este hermoso magazine, bastará leer el siguiente sumario correspondiente al número que nos ocupa:

Sumario. — Rosa de Otoño, portada por Valdivia.—Cuando muere el Amor, por Julio Díaz Usandivaras.—La extravagante hija del Ingeniero Sumbland, por María Josefa Varela.—La fumadora de opio, por Enrique V. Gustavino.—Firpo, obsequio de la casa Molinari. — Amor eterno, por Julio Díaz Usandivaras. — Los amores de Charito, por Isaac Morales.—El odio, por Pedro Sondereguer.—Usura matrimonial, por Hugo White. — Apólogo vulgar, por Emilio Frugoni. — Ripios de Otoño, por Luis García.—La extraña aventura de Monna Delza, por Josué Quesada.—La mujer de las noches grises, por Julio F. Escobar.

Manual de taquigrafía. Sistema "Pitman" perfeccionado, por José M. Peixoto.

Según expresa el autor, al dar a luz esta obra, se propone desterrar de una vez por todas, esa incomprensión y verbalismo confuso que ha notado en todos los textos de taquigrafía publicados hasta el presente; es su intención también, que al escribir una palabra o frase, se escriba de un solo rasgo, evitando así el levantar tanto el lápiz; y al taquigrafiar una palabra, se escriba toda ella y no la primera letra solamente, como es costumbre; simplificar ciertas reglas innecesarias, creando en su lugar otras sencillísimas que faciliten su escritura y principalmente, la fiel traducción de lo que se copie; y, de una manera clara y sintética, poner, en pocos días, en manos del principiante, la clave precisa para ser un buen taquígrafo sin necesidad de maestro que le auxilie.

Como se ve, se trata de un manual llamado a ofrecer en la práctica, positivos y provechosos resultados, en la enseñanza de la taquigrafía.

La Novela de Galíndez.

Así se titula la nueva revista cuyo primer número, que acabamos de recibir, ha sido destinado a la reproducción de varios interesantes trabajos del conocido escritor señor Bartolomé Galíndez, personalidad ventajosamente apreciada en nuestros círculos intelectuales. He aquí las producciones que contiene la edición inicial del citado colega: "La última coquetería", "Una página sobre el amor", "Las vendedoras", "Las maestras", "Romanticismo", "El zapatito de la condesa", "Un flirt a bordo".

Hemos recibido:

El pequeño Napoleón. Drama en tres actos, por Arnaldo Rossetto.

Virutas. Lectura en tram-way, por el doctor Benjamín D. Martínez.

Reorganización de América, por Antonio Corrales.

El doctor Facundo Zuviría. Reseña biográfica y documentos relativos a la inauguración de su estatua. Publicación de la Municipalidad de Salta.

Ateneo de Honduras. Año IV. Número 46.

Hispano-América. Año I. Número 8.

Los terremotos y maremotos en las costas del mar Pacífico, a la luz de la sabiduría arcaica, por Federico W. Fernández.

El primer reloj de torre

Es muy general la creencia de que el primer reloj de torre que ha existido en el mundo fué el del municipio de París, que se puso por orden de Carlos V de Francia, el cual lo había mandado construir a un artífice alemán llamado Henri de Vic, quien acabó su trabajo en el año 1370.

Pocos años después un normando, Jean de Felanis, construyó otro reloj de esta clase que fué montado en Ruan, y que adquirió mucha fama porque sus campanas daban los cuartos.

POR LOS DOMINIOS DE TALÍA

Con un éxito clamoroso inició su temporada en el ODEON la compañía de CAMILA QUIROGA, estrenando la comedia dramática en tres actos de Henry Bataille, "La ternura".

El amor es y ha sido siempre la pasión suprema de la vida y de ahí que haya sido también la fuente más copiosa de arte y de emoción. Los grandes éxitos se alcanzan por esa senda florida y alucinante, donde todos hemos cortado alguna vez una rosa. Y esta generalidad de ese sentimiento es la cualidad que lo hace más apto para tema artístico, pues siempre ha de encontrar eco simpático en cualquier público. Sin embargo, la frondosa producción de obras en las que el amor protagoniza, hace necesario descubrir en él aspectos y matices nuevos para no incurrir en vulgaridad, y ésta es la primera diferencia fundamental que existe entre los buenos dramaturgos y los aficionados. En "La ternura" se nos presenta un intenso drama de amor entre personas de distinta edad: un escritor de gran talento y de edad algo avanzada y una actriz joven y bella. Se interpone entre ambos un mozo joven y apuesto que representa los locos extravíos de la carne, y aquel amor, en vez de sucumbir en el corazón de la mujer, se acrecienta a despecho de la pasión carnal que en ella suscita, y teniendo que optar entre ambos caminos, elige el del puro amor; pero el amado inteligente comprende bien la situación y después de una violenta lucha interior, propone generosamente un pacto de amistad y de ternura entre los tres. La solución del conflicto tal vez parezca arbitraria y hasta acaso lo sea en ciertos medios, pero si no es humana debiera serlo y quién sabe si no lo será muy pronto en la natural evolución de sentimientos y costumbres. Lo cierto es que el drama es intenso y bello y que abundan en él las reflexiones llenas de interés.

Camila Quiroga desplegó una labor realmente admirable en su difícil papel, matizándolo con gran maestría. La risa fácil, la alegría sana, la burla, la indignación severa, la desesperación amorosa y la ternura encontraron en ella una intérprete de alto vuelo que realzó con toda eficacia los méritos de la obra. Los demás elementos de la compañía actuaron correctamente.

UNO QUE SE VA

Por exigencias de carácter local (el local del teatro Buenos Aires), se ve obligado a poner fin a su temporada Enrique De Rosas, para que comience la suya la compañía Muiño-Alippi, recién regresada de su pintoresco viaje a la madre patria. Parece cosa decidida que el prestigioso actor De Rosas, que tantos éxitos de buena ley registra en su haber artístico, emprenda también en breve una jira por el viejo solar de la raza, descontándose desde luego su triunfo. Su talento, su flexibilidad escénica, su extraordinario temperamento y su estudiosa constancia, son cualidades que se imponen siempre al aplauso.

OTRO QUE SE QUEDA

Por exigencias de carácter personal (los insistentes aplausos del público) se queda no más con el cartel invariable Roberto Casaux. El éxito de "En un burro, tres baturros" se mantiene firme y no es tiempo aún de hacer horóscopos. Se ha dado a la prensa un programa de estrenos de esta compañía, pero la noticia parece destinada solamente a consolar la larga espera de los que aguardan turno. En la secretaría del Victoria, los autores oyen el clásico reclamo: "¡Hay asiento, señores!", pero siguen de pie.

LIRICAMENTE PUROS

Nos referimos a los éxitos que sigue alcanzando en el Nuevo la compañía de ópera en la que destaca su brillante personalidad la excelente soprano María Jávor Varnay. Un interesante y vasto repertorio va desfilando por el cartel, en una sucesión de entusiastas acogidas.

"EL VÉRTIGO"

Estamos esperando el estreno de esta pieza en el Marconi. Ultimamente se nos dijo que en vista de las buenas entradas de "Manuelita Rozas" se había postergado. Nosotros no sabemos nada, porque por razones cronológicas no pudimos hacerle a la bella hija del tirano ninguna entrada... Pero en los versos del señor Rossi ¡tiene cada salida!

UNA REVISTA CON LÓGICA

La suerte acompaña a la empresa del teatro de la comedia desde que "Las Corsarias" hicieron su triunfante aparición en la escena. Tal vez por ello conservan esa obra como mascota del cartel o por lo menos así parece resultar del examen de los hechos, como se dice en las actuaciones administrativas. La última obra estrenada es "El Caballero de la Rosa", de González del Toro, con música del maestro Padilla. Se trata de una revista amena y de buen gusto, con música fácil y pegadiza y cuadros de gran vistosidad, para los de larga vista y para miopes. Es una revista presentada a todo lujo y con gran propiedad y que tiene una rara característica, consistente en que conservando las cualidades propias del género, no carece de sentido y hasta ofrece cierta conexión en su desarrollo. Toda ella fué muy aplaudida, especialmente los números "Voluptuosidad" y "Gigolet" a cargo de la interesante y bella Carmencita Lamas, así como los que tuvieron a su cargo la Matheu y León.

EL GRAN PREMIO NACIONAL

Se reestrenó con buen éxito en el Avenida, por la compañía Vittone-Pomar, "El gran Premio Nacional", que alcanzó buen número de representaciones en la temporada anterior. Todos ustedes saben lo que es el Gran Premio Nacional, que nada tiene que ver con las altas expresiones del pensamiento. Y sin embargo, es grande, es premio y es nacional. Pues bien, el sainete también lo es.

CREENCIAS

Uno creyente, otro ateo,
"así dos hablando están":
—¡Salve, Virgen de Luján!
—¡Váyase usted a paseo!
—¿Pero usted no es religioso?
—¿No vió a la santa bendita?
—Yo sólo creo en la guita
que es dios todopoderoso.
—Todo lo que ahora reciba
lo pagará en el infierno.
—A mí me importa eso un cuerno
si aquí la paso de arriba.
—¿Qué hace usted para vivir
tan tranquilo sin creer?
—Farrear, dormir y comer,
comer, farrear y dormir.
—Tal modo de hablar acusa
que no leyó usted a los sabios.
—No hay más sabios que los labios
de una linda papirusa.
—¡Materialista!
—¡Inocente!
—¡Trasnochador!
—¡Gil en barra!
—¡Se va a condenar!
—¡Qué farra!
—¡Bolseviqui!
—¡Repelente!
De los santos que hoy están
más en boga, hace cabeza
"La Virgen de la Pureza"
de Belisario Roldán.

SAN MARTIN

Próximo debut de la compañía Velasco

En la semana en curso debutará en esta sala la compañía española de grandes espectáculos, procedente del Apolo, de Madrid, conocida con el título del epígrafe. Se trata de un conjunto que viene precedido de gran fama y que en la capital española ha realizado temporadas exitosas. El debut coincidirá con el estreno de la revista "Arco iris".

PARRAVICINI

La temporada del Argentino es una de las iniciadas con mayor fortuna. Hasta la fecha, el cartelito "No hay más localidades" se coloca todas las noches en boletería. Tal milagro lo realiza la pieza del debut, "El stud misterioso", donde tanto divierte nuestro célebre bufo.

Buscando restaurar el teatro nacional en su escenario, Parra estrenará cuando caiga del cartel aquella pieza, "El judío Aarón", comedia del distinguido autor Samuel Eichelbaum.

NACIONAL

Es posible que en esta semana se estrene en la sala de Carca la nueva producción de Vacarezza, "Juan Moreira". En tanto, viene cubriéndose el cartel con "Mateo" y "La mala siembra".

"LA MACHONA" ES UN ÉXITO HALAGADOR

...para los que estamos hartos de tangos, cabarets y otros recursos subalternos de que se valen algunos autores para lograr mantener sus obras en cartel. La pieza de Morales, limpita de procedimientos, sana de intención y hasta si se quiere con su "miaja" de enseñanza, se encamina al centenar de representaciones con salas muy pobladas. Y esto viene a demostrar que cuando una pieza vale, cuando se ha puesto en ella honradez artística, puede repetirse muchas noches con agrado del público.

El Maipo ha obtenido con "La machona" su primer éxito honesto de este año. La compañía Mary-Morganti-Gutiérrez acaba de estrenar "Klu-Klux-Klan", nombre exótico de una producción de Alejandro Berrutti, de la que nos ocuparemos en otro número.

ARATA EN EL PORTEÑO

El simpático cómico que encabeza el conjunto nacional del Porteño afianza sus prestigios y atrae público. "La sombra del conde", último estreno que vimos, gusta mucho.

POR EL APOLO

La obrita cómica de Beltrán y Ossorio, "El patio de los fantasmas", acrecienta su éxito y se encamina al centenar de repeticiones siempre con buena cantidad de espectadores. La compañía Ratti para llenar la sección del medio con una novedad, acaba de estrenar "El alemancito o Agua de charco", de Weisbach, de cuyas cualidades hablaremos en otra edición.

"EL REY DEL CABARET"

En el Smart, donde la compañía Simari-Franco sigue desarrollando su temporada con bastante fortuna, acaban de aplicar una fuerte inyección de vida al cartel, estrenando esta pieza de Manuel Romero y Weisbach. Basta leer su título para adivinar o poco menos, de lo que se trata. Mejor dicho, qué trataron de escribir sus autores. Una pieza de éxito de público, con todos los factores necesarios y al gusto de cierta parte de nuestro público. Ello lo consiguieron los señores Romero y Weisbach, autores experimentados que no es la primera vez que triunfan en obras de esta índole. Es todo cuanto puede decir el cronista, de "El rey del cabaret". De su interpretación, corresponde hacer elogios de las dos figuras que encabezan el elenco, de Evita Franco y en general de todos los actores.

MAYO

"El dúo de la Africana" y "Marina", viejas obras del repertorio español, al ser reprisadas por la compañía de Manuel Casas demostraron que lo bueno no envejece. Las excelentes voces que hay en la compañía abrillantaron las dos obras, dejando una grata sensación al público.

Ha debido estrenarse al aparecer este número, "Los fanfarrones", del hijo del maestro Granados, que se venía ensayando con esmero. Informaremos a nuestros lectores en el próximo número.

POLITEAMA

La compañía de opereta Bertini-Gioana, ha debido reprisar en la semana anterior, "La casa de las tres niñas", conocida opereta cuya reprise se nía anunciando mientras escribíamos estas líneas. "La danza de las libélulas" sale, pues del cartel, aún cuando su éxito no se ha agotado.

FLORIDA

Con buena cantidad de público trabaja la bonita sala de este nombre. Buenas películas y mejores números de varietés, cubren el atrayente cartel del Florida.

CASINO

Los liliputienses rusos marcan uno de los éxitos más largos de esta sala. Con ese número, alternan con igual agrado del público, el acorazado misterioso y los chanchitos inteligentes, casi tanto como ciertos diputados...

GRAND SPLENDID

Las funciones realizadas en la semana pasada obtuvieron el mejor de los éxitos, tanto por la selecta concurrencia que llenó la sala, como por la excelencia de las cintas que se proyectaron en la pantalla. No será menor, a juzgar por la "pinta", lo que ocurrirá en la semana en curso, para la que ha preparado el simpático amigo Carbone un programa sumamente atrayente.

CAPITOL

Empieza a repuntar el público en esta bonita sala, de viejos y merecidos prestigios. El match Firpo-Brennan y los episodios de "La dueña del mundo", atrajeron mucho público. El cartel para esta semana, es un "primo cartello".

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

La carta del suicida

"Como el viento brutal, que en su fuerza
abate y destroza doquiera las plantas;
como el mar gigantesco y enorme
se llega a las playas;
llegaréme hasta ti, novia mía,
con todas mis lacras,
aunque ruja en mí mismo este odio
que tanto me abrasa,
este odio tenaz, que me invade
y a veces me aplasta
porque un algo letal se ha hecho vida
como embrión de otra vida en mi entraña.
Me molesta el cariño que ostentan,
las sonrisas que a veces esmaltan;
porque todos han puesto sus manos
para hundirme por siempre en las charcas.
Yo soy joven aun, soy honrado;
cuando niño fuí bueno, y amaba
con el santo querer de los niños
que todo lo dicen en dulces miradas.
De mi madre aprendí los consejos
que me abrieron un rumbo en la marcha
y pensando, en la dulce existencia
que así me halagaba,
yo fuí héroe, fuí rey, fuí tirano
en el dulce vivir de mi infancia.
Pero un día llegaron las sombras
y envolvieron mi ser con sus alas;
se cubrió de tristeza el semblante,
nacieron las lágrimas,
y vagando sin fe ni cariño
doquier la mirada,
iba solo, más mustio,
más tétrico y paria
a la tumba sencilla, perdida
allá, en lontananza,
donde un día, sin fuerzas, sin fe ni coraje,
a mi pobre madre por siempre enterrara.
¡Ah, será dulce el cariño que ostentas,
mi novia adorada,
pero no hay cariño que llene mi vida
como el de mi madre, la noble, la santa!..."

....

Junto aquel cadáver
yo leí esta carta
y cruzó mi rostro,
furtiva, una lágrima.

José Juan **BIANCHI**.

Ofrenda

A la señorita Rosa E. Conde.

Aún perdura en mi vida toda entera,
la fuerza de los años juveniles;
mis amatorios veinticuatro abriles,
de nieve cubren hoy mi cabellera.

¡Oh, dulce y venturosa Primavera,
que al pasar junto a mí, dejaste miles
encantos de dorados sueños, diles,
a todos que el amor es dulce espera.

Quiero luchar en mi vivir incierto;
para volvar sobre el pasado muerto,
esta amargura de mi vida triste...

Y llegar a tus lares todo ufano,
con mis blancos ensueños de la mano,
como ofrenda a la dicha que me diste...

Jaime **LLORET REOS**.

¡Irremediablemente!

Estaba yo sentado... Ella cantaba,
temblando de emoción mi cruel tristeza,
y a ratos, confundiendo en la tibieza
de las hojas su canto me besaba.

Y yo que soy artista, saludaba,
con honda unción del cuadro la belleza,
en tanto allá muy lejos, con pereza,
la tarde ante la noche se inclinaba.

Y al alejarse al fin en raudo vuelo,
por los vastos senderos de su cielo,
el parque enamorado repetía,

del ave el amargor de sus congojas;
apagando entre el ruido de las hojas,
la canción que en mi alma florecía!

Néstor D. **MENDOZA**.

¡Desengáñame!

¡Oh! tú, mi buena y candorosa amiga,
compañera de bailes y de juegos,
atiende estos mis ruegos
que son de un alma enferma y dolorida.

Tú sabes bien lo que mi pecho anida
desde hace un tiempo largo;
tú sabes que te adoro, y sin embargo
no me has desengañado todavía.

UNA VARIANTE



—Si pones este pedazo de pastel debajo de la almohada, se realizarán las cosas lindas que sueñas.
—Gracias, mamita: me comeré el pedazo de pastel y me pondré la almohada sobre el estómago.

¿Tienes, acaso, la intención impía
de hacer que el alma mía, prisionera
de todo tu donaire y tu belleza
se muera en la prisión Melancolía?

¡Oh! no puedo pensarlo. Se diría
que niego conocerte. Eres tan buena...
Perdón si afiebrada, la mente mía
tan malos pensamientos encadena.

Pero te ruego: aunque me causes pena,
me desengañes pronto, pues me irrita
vivir entre sombras sin la serena
paz que mi alma necesita.

José **MENÉNDEZ**.

La copla del puerto

Las luces del bar se habían apagado.

Un éxodo de hombres errantes pululaba por las calles desiertas de la Boca, desde las que se veían las balandras dormidas y las lucecillas titilantes de los mástiles.

Los tripulantes de los viejos vapores surtos en la ribera transitaban ebrios por la calle Pedro Mendoza, dando tumbos y observando, por momentos, los cafetines internacionales allí establecidos.

¿Quiénes eran esos tres hombres extraños que concurrían todas las noches al "New Cross", de donde se retiraban siempre a la misma hora?

Las cantantes de los music-halls y los clientes que absorbían displicentemente las bebidas, sólo sabían que habían venido desde muy lejos...

Quizás algún día se revelara el secreto.

Entretanto, todos los hombres errantes que pasaban las horas en aquel obscuro cafetín seguían haciendo conjeturas, y las cantantes entonaban las coplas marinas en aquellas interminables noches de junio.

II

Uno de los tres hombres habíase enamorado de Leticia Peyrano, una hermosa portuguesa que cantaba, desde hacía mucho tiempo, en el bar.

Sin embargo, una duda le había sumido en la incertidumbre y en la desesperación. ¿No era la portuguesa la misma mujer que él viera una vez en el puerto de San Paolo, en el Brasil?

Pensó largo rato, gacha la cabeza, la mirada fija en el tablado del music-hall, dornado con banderitas de todas las naciones.

¡Leticia Peyrano!...

Recordaba ese nombre, que había oído pronunciar de labios de varios marineros, con particular emoción, pero no podía precisar dónde conociera a aquella esbelta mujer.

La llamaban generalmente por su nombre. Sin embargo, algunos tripulantes de los barcos mercantes, que concurrían al "New Cross", donde se hablaba en diversos idiomas, la llamaban "la portuguesa".

Se sucedían las noches interminables del bar, y sus concurrentes, en su mayoría gente del mar, quedaban extasiados cuando Leticia Peyrano modulaba sus coplas internacionales.

III

Una fuerza extraña lo llevó nuevamente al bar. Esa noche, en que el viento agitaba los faroles de las embarcaciones fondeadas en la ribera, la esperaría a la salida, para confesarle su ardorosa pasión.

La nítida voz de "la portuguesa" repercutía en todos los ámbitos del establecimiento, y sus melodiosas canciones se adentraban en el alma de todos los hombres que erraban por los mares del mundo.

Desde la calle se oían las coplas que Leticia Peyrano cantaba en el bar. Los transeuntes deteníanse para oirlas, y admirar, al propio tiempo, la extraordinaria belleza de aquella mujer.

Luego, cesó la música del "New Cross", y "la portuguesa" salió del establecimiento en medio de una avalancha de hombres ebrios, repugnantes, siniestros.

El novio de Leticia Peyrano la aguardaba en la esquina del bar.

Los ecos de una canción, cantada a bordo de un barco mercante, llegaban a las obscuras arcadas de la calle Pedro Mendoza:

"O mare, mare mio,
il più piacere di questa sera,
nel cuore é anima mia."

El tripulante que se había forjado una ilusión, sintió en sus adentros las suaves modulaciones de aquella clásica copla, como la exteriorizarión suprema de su hondo dolor.

Era aquella la copla del puerto.

José Andrés **CAPECE**.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico	„ „	„ 6.—	1.50

Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266, Buenos Aires



CÓRDOBA SERRANA

Alrededores de Alta Gracia. Fot. De Reské.


LA BEBE TODO EL MUNDO
ERVEN LUCAS BOLS
HET LOOTSJE
AMSTERDAM
ZEER OUDE GENEVER
BOLS
GINEBRA "Bols"
SU COLOR AMBAR PALIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
EN TODAS PARTES Y EN
CUALQUIER MOMENTO
:: SIEMPRE ES BUENA ::
ÚNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda S. A.
ALSINA, 641
BUENOS AIRES